

PARTE 1

Atrapados en la Red

I. Informe preliminar.

Año 2275, Planeta Tierra, Ciudad Virtual

Hasta hace poco tiempo, las personas se enfrentaban con acontecimientos azarosos e impredecibles que no respondían a un orden establecido ni armónico. El accionar humano se regía por los impulsos que cada situación imprevista provocaba, más que por una lógica consecuente que hilara los eventos. Por ello es posible afirmar que antes la vida del ser humano consistía en una sucesión de hechos desordenados. Arbitrariamente, un evento feliz podía preceder a otro triste, incluso angustiante, terrible.

Los momentos simples, insignificantes, vergonzantes, olvidables, alegres, perdurables, heroicos se apilaban, se confundían, se encadenaban uno tras otro, sin ningún pronóstico certero, sin ninguna previsión posible. Por ejemplo, una licenciado en Química podía recibir un importante premio en su disciplina y pronunciar un discurso brillante; al rato huir cobardemente porque había visto una cucaracha —que, por ese entonces, no



se trataba de un animal extinguido—; más tarde, emitir improperios porque se había resbalado con la cáscara de alguna fruta y, al final del día, regalarle una flor a su amada, decirle bellas palabras de amor y transformar, de este modo, un instante fugaz en un acontecimiento inolvidable. Es así como una acción memorable era seguida por otra que era mejor no recordar, que al rato era sucedida por otro acontecimiento que evidenciaba una faceta negativa de esa persona, y enseguida otro hecho que tal vez mostraba lo mejor, como la capacidad de amar.

Durante siglos no existió un principio que rigiera la sucesión de los hechos o una ley que explicara el devenir de una serie determinada de sucesos, tampoco presagios que anunciaran de manera eficaz cómo sería el curso de una vida o que alertaran sobre los asuntos del destino... Sin embargo, desde la instauración de la Red, el principio anárquico que, por siempre, había guiado a la humanidad pareció romperse.

Cuando se produjo el Temblor —hace ya casi una década—, que arrasó con la vida en la superficie de la Tierra, los humanos se recluyeron en las profundidades y la existencia comenzó a desarrollarse a través de la Red. El espacio urbano se construyó de forma virtual y cada persona empezó a interactuar y a vivir a través de un perfil o avatar. Los ciudadanos dejaron de ser ciudadanos y se convirtieron simplemente en usuarios de la Red. De este modo, la identidad de cada individuo se redujo a la





representación tridimensional de su cuerpo, es decir a su avatar.

(La ciudad, edificada y retransmitida en las pantallas de las computadoras de última generación de cada habitante, resultó una proyección idílica que garantizaba el funcionamiento racional de cada espacio compartido, la estabilidad en las relaciones sociales y la tranquilidad individual. El sistema logró controlar, así, cada movimiento, cada suceso, el encadenamiento de los hechos a lo largo del tiempo.

A partir de la configuración de la Ciudad Virtual, todo fue orden y planificación.

Cada detalle era minuciosamente programado. El centro urbano disponía de infinitos espacios verdes; hacia el lado este, se ubicaron bosques y montañas y hacia el oeste un océano sereno, cuyas aguas se decidió que fueran violetas. Los días eran siempre soleados, con temperatura agradable y brisa tranquila. Dentro de los límites de la realidad virtual, no existían el viento, la lluvia, las tormentas, los volcanes, el calor o el frío intenso, ni la sequía o la nieve. La lógica y la previsión imperaban. Ya no había sorpresas, sobresaltos, imprevistos ni circunstancias aleatorias.

Los usuarios permanecían conectados durante catorce horas por día a la Red y sabían cómo sería cada minuto de su existencia. En cada jornada, los adultos concurrían al trabajo, los chicos al colegio.



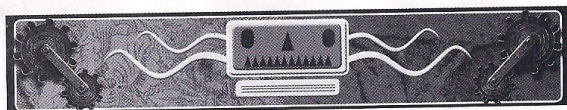
Todos se relacionaban, hacían deportes, tenían sus *hobbies*, charlaban, jugaban y se divertían a través de la Red. La realidad virtual era la única forma de vida imaginable.

La vigilancia sobre la ciudad alcanzaba los modos en que se desarrollaban no solo las relaciones humanas sino también las conductas personales. Cada actividad, cada reacción, cada manera de hablar, preguntar y responder estaba pautada. Debido a ello, ciertos sentimientos y reacciones que podrían haber puesto en riesgo la armonía y la perfección anheladas habían sido excluidos, como los impulsos, los abrazos, el llanto, el enojo, el resentimiento, la alegría excesiva. Tampoco había lugar para el temor, la incertidumbre o la inseguridad.

La Red funcionaba con una tranquila eficacia y con la precisión que un sistema de elite garantizaba. Ofrecía lo que cualquier usuario podría desear y todo estaba controlado. Bueno, todo *parecía* estar controlado. En realidad, *casi* todo estaba controlado.

Casi todo, menos los momentos, cada vez más frecuentes, en que se escuchaban desde la superficie sonidos de alta intensidad y ritmo armónico, cuyo origen aún era desconocido y provocaba gran desconcierto entre los usuarios.

Casi todo, salvo cuando un usuario no podía controlar lo que sentía y lloraba a escondidas.



Casi todo, a excepción de las extrañas dolencias que atentaban contra el perfecto estado de salud imperante, como el agudo dolor en los ojos de algunos niños.

Casi todo, menos cuando un usuario huía hacia la superficie, de pronto y sin razón aparente, como había sido el caso del papá de Xul y Suyai, de quién desde hacía meses se desconocía su paradero.

II. Los ojos de Xul

A Xul le ardían los ojos. Le dolían demasiado. Se le encendían. Se trataba de una quemazón cada vez más intensa que ni siquiera la pantalla con ultra-protección o las gafas de material venusino lograban atenuar. Tampoco, en los últimos días, alguno de los medicamentos que le habían recetado los médicos virtuales pudo aliviarlo. El malestar le aguijoneaba las pupilas. Los parpados se adherían uno contra otro. El resplandor lo quemaba, parecía que carbonizaba sus pestañas. Pero no podía cerrar los ojos. No... De ninguna manera. Todavía tenía mucha información que recibir y transmitir. Era temprano para desconectarse. Aún le faltaban varias horas para terminar su día en la Red.

Debía concentrarse en su clase. La secuencia del texto se desplazaba a la velocidad que indicaban las pupilas de sus ojos. Intentaba absorber los datos que



se sucedían unos tras otros, pero esta vez su concentración no alcanzaba. Las imágenes caían en cascadas, claras, contundentes, precisas... Sin embargo él no conseguía retener ningún dato.

Prefirió tomarse un descanso y salió de la clase. Su perfil —o avatar— era una reproducción exacta de su cuerpo configurado a escala, pero al ser digital tenía la ventaja de ser muy liviano y caminaba rapidísimo. Entre la escuela y el bosque los separaban más de veinte kilómetros, que en el espacio virtual podían ser recorridas en apenas tres segundos. Él tardó cuatro, así lo registró la Red. Al llegar al bosque se desplomó sobre el pasto. Respiró hondo. Le parecían prodigiosos los últimos avances que habían logrado los técnicos: podía sentir la frescura de la hierba, el aroma a nogal, el leve calor del sol en la cara. Cuando se estaba quedando dormido —y quizás por eso sintió que el ardor mermaba—, apareció el perfil —o avatar— de Suyai.

—Xul, tenés que estar en la clase —le recriminó ella.

—¿Vos no?

—No, yo estoy en recreo —se defendió—. Iba a escalar un rato, pero como te vi en la Red, preferí pasar a charlar.

—Te vas a divertir más con tu *cerro*, que conmigo.

—En todo caso, con mi *montaña* —lo corrigió Suyai—. Ya pasé de nivel, ahora estoy escalando montañas. Hace poco crearon una nueva que tiene nivel de



dificultad 5, estoy practicando con esa, me fascina... Tendrías que acompañarme...

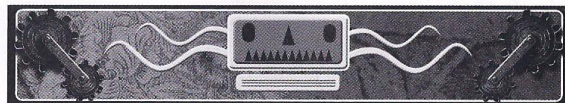
De repente, Xul se refregó los ojos y se cubrió la cara del sol. Aunque los rayos estaban formados por haces de luz artificial de máxima pureza, con un nulo porcentaje de sustancias nocivas, para él eran letales. El ardor se volvía cada vez más insoportable.

—¿Te duelen?

—Mucho.

El avatar de Suyai se sentó al lado del de Xul y permaneció en silencio. Hubiera querido hacer algo, pero no sabía qué. Ella no tenía idea de la eficacia que podía tener un beso en la frente para aliviar el dolor, aunque más no fuera en forma virtual. Tampoco sabía dar un abrazo ni decir una palabra de aliento.

A Suyai jamás le había dolido nada. Por eso no entendía muy bien qué sentía Xul. Esto del dolor era nuevo, extraño, aterrador. Nadie en la Red sabía con precisión cuál era el origen del ardor de los ojos en ciertos niños. Pero el ingeniero Odeim, la autoridad máxima de Ciudad Virtual, aseguraba que muy pronto su equipo de técnicos encontraría la solución del mal. Y todos le creían. En la Red se alojaba la verdad. La certeza y la confianza latían. Nunca habían existido fallas. El sistema era infalible. Todos los usuarios confiaban en la Red, en la Ciudad Virtual y en el ingeniero Odeim.



Suyai ignoraba si existía alguna conexión, o aunque sea un rasgo común, entre los chicos que sufrían la dolencia (solo se repetía un patrón: los niños afectados eran mayores de diez años), pero sí estaba completamente segura de cuándo había empezado el malestar en su hermano. Se había iniciado cuando su papá se fue. Al otro día, comenzaron a arderle los ojos a Xul. Lo recordaba perfectamente.

El abandono de su papá no solo había afectado a Xul, sino que también había alterado la conducta de la mamá. Ella, poco a poco, dejó de visitarlos en sus cuartos reales, y solo les hablaba y los veía en la Red. Incluso, la nena sospechaba que su mamá, cuando se desconectaba por las noches, lloraba en la soledad y la oscuridad de la pequeña habitación.

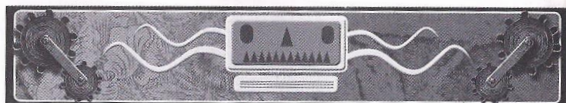
Suyai sentía que su mamá y su hermano, es decir toda la familia real que le quedaba, la desconocían, la ignoraban... Parecían tan distintos. Tenían algo extraño que les nublaba la voz y les ahogaba la mirada.

Suyai no sabía que eso se llamaba *tristeza*.

III. Después del Temblor

El proceso que se conoció con el nombre de “Temblor” se produjo de forma paulatina. Fue la culminación de la devastación ecológica y los cambios climáticos que la Tierra padeció durante siglos. Los hombres no supieron —no quisieron— escuchar las súplicas de los bosques amenazados ni de los mares contaminados. No, los hombres no se detuvieron y la Naturaleza habló con hechos.

Primero, arribaron los tsunamis y las inundaciones. Luego, les siguieron los incendios forestales, la falta de agua potable, la sequía. Más tarde, una lluvia feroz que, según los científicos, transportaba muestras de la radiación provenientes de varias centrales nucleares colapsadas, azotó cada parte del planeta. Y ya nada volvió a ser lo que era: las divisiones entre países se diluyeron, las zonas geográficas se desvanecieron, y apenas unos millares de personas lograron sobrevivir.



Presagiada por la ciencia y negada por quienes pensaban que lo peor ya había pasado, la última etapa del Temblor se avizoraba...

Previendo el desastre, el ingeniero Odeim y su equipo diseñaron un conjunto de viviendas subterráneas donde la población pudiera refugiarse. Las imaginaron resistentes, aunque inevitablemente oscuras y húmedas. Para la edificación, se basaron en el reconocido y antiquísimo estudio de las capas de la Tierra de Nicolás Steno, el padre de la Geología, e imitaron la perfecta estructura de las cuevas de los armadillos, otra especie animal ya extinguida. Como debían afrontar cualquier adversidad, las construyeron pequeñas y compactas, aisladas unas de otras, sin ningún tipo de comunicación física entre sí. Los ingenieros pensaban que un tipo de arquitectura más grande y compleja no podría resistir el Temblor.

Fue así como cada casa subterránea alojó a una familia, pero ellas quedaron distanciadas entre sí. Solo las unía la Red.

Sólidamente construidas, las viviendas enfrentaron la convulsión de la Naturaleza.

Durante una semana, no hubo pedazo de tierra o superficie de mar que no vibrase. Nada quedó en pie. Al menos eso era lo que mostraban las cámaras instaladas en varios puntos del planeta. Reflejaban solo oscuridad, silencio y muerte.

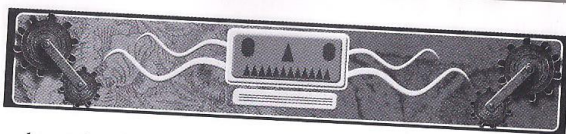


Según los informes del equipo de científicos y técnicos del ingeniero Odeim, el Sol se había vuelto oscuro y letal; el aire, desprovisto de oxígeno, irrespirable; las lluvias radiactivas arrasaron con los ríos, la vegetación y la fauna, y las personas que se habían negado a resguardarse en las construcciones subterráneas murieron. Sí, entre la gente que se había resistido a bajar, no había quedado ni un sobreviviente.

Desde entonces, la vida se decretó inadmisible en la superficie y se limitó a las profundidades, en donde se alojaban personas y algunos pocos ejemplares de especies animales —gatos, perros y hámsteres—.

El ingeniero Odeim disponía del control absoluto de la Red y sus patrullas vigilaban la superficie en vehículos especiales. Solo las patrullas de seguridad, las unidades médicas y los proveedores de bienes básicos tenían permitida la circulación y lo hacían en el hermetismo de vehículos acorazados. Las personas se vestían con trajes especiales preparados para rechazar cualquier tipo de radiación solar y, además, usaban máscaras de oxígeno.

Sin embargo, el papá de Xul y Suyai sostenía que había sobrevivientes al Temblor y que, de acuerdo con los rumores que se escuchaban en la Red, se ocultaban en lo que se conocía como Ciudad Perdida. Casi todos los días, se filtraba algún mensaje que responsabilizaba por los extraños sonidos que alteraban la tranquilidad



subterránea a los supuestos habitantes de la superficie. E incluso, contradiciendo lo que registraban las cámaras de seguridad, ciertos rumores afirmaban que aún existían los ríos, los campos, los bosques, los animales, y que el aire, el Sol, la lluvia no eran dañinos.

—Imposible —le decía la mamá cada vez que oía esas ideas para ella, tan alocadas, y para el papá, tan acertadas—. La Red dice que no hay probabilidades de que haya sobrevivientes y ha demostrado que no queda ningún vestigio del mundo anterior.

—No hay que creer en todo lo que dice la Red —le contestaba entonces el papá.

—La Red no miente —aseguraba ella.

Y en ese punto de la conversación, el papá se callaba. Él era técnico en la Red y no estaba bien mostrar desconfianza ante el sistema. No era un buen ejemplo para los chicos.

Aunque Xul y Suyai no pensaban que la Red mentía, tampoco creían que su papá lo hacía.

La mamá explicaba el comportamiento del papá así:

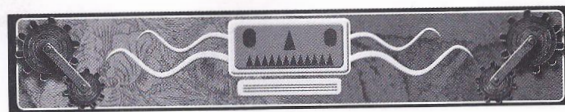
—Él no quiere perder la esperanza, chicos, eso es lo que ocurre.

¿Esperanza? En ese entonces, Xul y Suyai no entendían lo que era la esperanza.

IV. El cuaderno de Suyai

Los cuentos nunca desaparecerán. Aunque el mundo cambie, se transforme, mute, los relatos subsistirán, porque son parte de la naturaleza de las personas. Para los usuarios, eran especialmente importantes porque algunos relatos los hacían recordar o imaginar historias sobre la vida en la superficie, sobre antiguas emociones, sobre costumbres ancestrales.

A pesar de que los cuentos circulaban y se compartían por la Red, a Suyai le gustaba guardarse algunos para ella. Por eso tenía un cuaderno de sustancia de Ceres (el papel era un material que ya no se fabricaba porque no había árboles, y la sustancia encontrada recientemente en Ceres, el planeta más pequeño del Sistema Solar, era un buen sustituto). Algunos relatos los inventaba ella; otros se los habían contado el papá o la mamá cuando se reunían por las noches en la sala central de la casa y luego ella los transcribía antes de dormirse.



Uno de esos cuentos era un relato tradicional, de un tal Hans, que su papá le pidió especialmente que apuntara en el cuaderno. Y le dijo:

—Los cuentos además de regalar belleza, a veces, enseñan. Este relato es hermoso, pero también te va a dejar pensando. Acordate de él cuando llegue la época en que los demás te nieguen lo que sientas o veas, y cuando tengas que confiar solo en tu corazón.

Suyai escribió el relato tratando de recordarlo tal como su papá se lo había narrado, *palabra por palabra*. Sabía que era importante, aunque en ese momento no comprendía por qué.

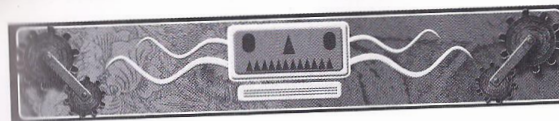
El traje nuevo del emperador

Hace mucho, mucho tiempo, existía un emperador al que le gustaba vestir cada día un traje nuevo. Gastaba casi todo su dinero en comprar telas para hacerse más y más ropa.

En una ocasión, llegaron a su palacio dos bandidos que se hicieron pasar por tejedores y le aseguraron que sus telas eran bellísimas y que, además, tenían el poder de hacerse invisibles ante toda persona que no sirviera para el puesto que desempeñaba.

—Háganme un traje —les ordenó el emperador—. Así, podré averiguar qué funcionarios son inservibles. Distinguiré los inteligentes de los tontos...

Los bandidos montaron el telar y simularon trabajar, aunque en realidad no tenían tela alguna.



Al día siguiente, un ministro fue a controlar el trabajo.

—¡Mire qué magnífico traje! —le dijo uno de los bandidos señalándole el telar vacío—. Mañana estará terminado.

El ministro pensó: “Yo no veo nada. ¿Seré un tonto e inútil para el cargo?”, pero disimuló su asombro y exclamó:

—¡Qué hermoso! ¡Al emperador le gustará mucho! —y alcanzándole una bolsa llena de monedas de oro agregó—: Aquí está el dinero por su trabajo.

Al otro día, el monarca fue con su séquito a buscar el traje.

—Ya está listo —le dijo el otro tramposo, levantando los brazos como si llevase algo—: Aquí tiene la casaca y aquí los pantalones.

—¡Qué belleza! —exclamaron todos, aunque nada veían.

El emperador simuló vestirse con las prendas y luego salió a desfilas.

—¡El emperador no lleva nada puesto! —gritaba el pueblo entero, sorprendido al verlo sin ropas.

El monarca se sobresaltó al escuchar los gritos, pero siguió caminando altivo con sus funcionarios detrás, mientras no dejaban de alabar un traje que nunca había existido.

Texto contado por papá, a partir de un relato de Hans Christian Andersen y redactado por mí,

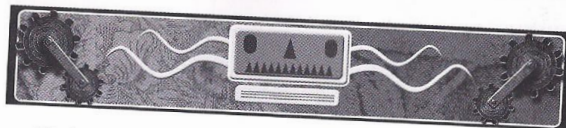
Suyai.

V. La partida sin adiós

Durante los tiempos posteriores al Temblor, cada vez que una persona cumplía su rutina en la Red se desconectaba y en las horas restantes interactuaba con su familia. Pero rápidamente el contacto humano se fue reduciendo al mínimo. Los usuarios preferían relacionarse solamente a través de la Red. Era más cómodo, más higiénico y provocaba menos conflictos.

El caso de Xul y Suyai fue diferente, porque durante todos esos años habían mantenido los hábitos tradicionales de comer, charlar, cantar y jugar con sus papás en la sala central. Pero eso cambió cuando el papá que se fue.

Desde entonces, la mamá solo conversaba con ellos a través del sistema. Mediante la Red, vigilaba que hubieran hecho la tarea, que se hubieran bañado y que hubieran comido la ración de alimentos que les daba cada semana.



Xul y Suyai extrañaban las comidas en la mesa, con ensaladas, risas y arroz. Desde que se habían acabado las provisiones —que duraron varios años, gracias al sistema de distribución impuesto por el ingeniero Odeim—, los usuarios debían arreglarse con el alimento en cápsulas. Alimentarse consistía en tragar una píldora —sabor vegetariano o con gusto a pollo, carne o pescado—, que contenía todas las vitaminas y nutrientes necesarios y, como llevaba solo cuatro segundos, compartir la mesa con la familia dejó de tener sentido.

Xul aún recordaba la última vez que los cuatro se habían reunido en torno de una mesa. Fue para comer un plato antiguo que a su mamá le encantaba: puré de papas.

Las papas eran unas de las pocas verduras que se podían conseguir, porque se cultivaban en forma subterránea. Pero como eran muy caras, solo las comían tres veces al año. Sin embargo, aquella cena quedó asociada a un recuerdo muy triste, porque esa noche el papá se fue.

Xul se acordaba perfectamente: el papá se puso el traje especial y la máscara de oxígeno, que hasta ese momento jamás había usado porque no había habido emergencias que le exigieran salir de la superficie —ni a él ni a nadie de la familia—, y luego dijo que no aguantaba más vivir como un topo, que se iba, que averiguaría si había vida arriba.



Fue entonces cuando por primera vez Xul vio a su mamá en un estado de emoción ancestral: lloró, grito, le aferró el brazo al papá con el fin de retenerlo. Le dijo que era peligroso subir, que estaba prohibido, que no tenía sentido arriesgarse.

Entonces, el papá mencionó el Sol, el aire, la lluvia, las plantas, elementos que Xul y Suyai conocían como meras imágenes tridimensionales a través de la Red. Suyai había nacido en la casa subterránea y Xul era apenas un nene de dos años cuando bajó a las profundidades y, como era de esperar, no recordaba casi nada.

La mamá le dijo que todo había desaparecido y le hizo ver las pantallas de la Red ubicadas en el exterior que, como prueba irrefutable, mostraban un terreno yermo y desértico, donde solo había soledad y quietud.

Nada alcanzó para evitar que el papá se fuera. Antes de irse, dejó programada su rutina en la Red para que en el sistema no hubiera sospechas de su ausencia, y les prometió a Xul y Suyai que pronto volverían a verse y disfrutarían de bosques de verdad, esos bosques fragantes e infinitos que le gustaban a Xul, y que subirían las montañas más altas que Suyai jamás hubiera imaginado.

Desde esa noche, los chicos se preguntaban en silencio cuándo regresaría el papá y cómo hubiera sido vivir en la superficie antes del Temblor. Sin saberlo, Xul y Suyai estaban descubriendo lo que era la esperanza.



—¿Cómo sería el perfume de los jazmines? —preguntó Suyai, que solo había visto, tocado y olido las flores en la Red.

—No sé —le contestó Xul—. ¿Y los árboles de los bosques... serían en verdad tan altos como los de la Red?

—¿Y las montañas, tan imponentes y empinadas? —suspiraba la nena—. ¿Y las vistas desde la cumbre, tan bellas?

De pronto, un golpe en la puerta de cada cuarto interrumpió la conversación. La mamá los llamaba. Era extraño que no lo hiciera por la Red. Los chicos se desconectaron y escucharon lo que ella les decía a través de la pared:

—Salgan a la sala central, chicos —ordenó—. Tienen visitas.

VI. La visita

Xul miró la pantalla, desorientado. Los imprevistos lo ponían incómodo y de mal humor. No era hora de desconectarse, sin embargo, obedeció.

Esta sería la segunda vez que alguien los visitaba. En toda su vida, es decir en el transcurso de sus once años, solo una persona extraña había entrado antes a la casa: el dentista que le arregló unas caries a él y también a Suyai. Recordaba esa visita con alegría, porque había sido la única vez que pudo ver “en directo” a otro ser humano. Por otra parte, debido a los adelantos médicos, los dientes no dolían y los tratamientos eran muy agradables y, por eso, también recordaba con gusto al dentista, un señor calvo y con dentadura perfecta.

Xul estaba ofuscado, porque los hechos fuera de lo común lo irritaban; no obstante, le provocaba una profunda curiosidad saber cómo sería esta segunda



vez que tendría contacto directo con una persona que no fuera su hermana o su papás... Entonces se apuró.

Primero se desenchufó y dejó en suspenso su participación en la Red, luego se quitó las gafas de protección, aprovechó para refregarse los ojos, y se puso los anteojos de uso corriente. Tenía las piernas entumecidas. Siempre le pasaba eso después de las largas horas conectado. Encima, estaba muy dolorido porque los ojos le ardían cada vez más.

En el cuarto lindero, Suyai había tenido otras emociones. No se acordó del dentista ni le dolía nada. Salíó a la sala con la secreta esperanza de que la “visita” fuera su papá. Pero no... Aun enfundado en su traje de exteriores y con la máscara de oxígeno en la mano, un hombre totalmente desconocido para ella, esperaba.

No bien lo vio, Xul lo reconoció.

—¡Tío Prop! —gritó e, impulsado por olvidadas emociones, corrió a abrazarlo.

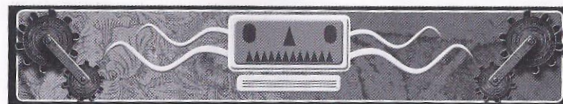
El tío se sobresaltó e, instintivamente, dio unos pasos hacia atrás. Estaba desacostumbrado a dar y recibir abrazos.

—¿Qué son esos modos? —lo retó la mamá, alarmada.

—Perdón —susurró Xul, al darse cuenta de que no había podido controlar ese primitivo arrebato.

—No, por favor... ¡Es lo que corresponde! —exclamó el tío—. Si hace tanto que no veo a Xul, desde que era





casi un bebé... Oh... y a esta hermosa damita —agregó mirando a Suyai— apenas la conozco por la Red —dicho esto, rodeó con sus rollizos brazos a sus sobrinos.

Xul se dejó abrazar. Fue una sensación relegada, perdida y cálida. Pero Suyai se mostró reticente. Si bien solía interactuar con el tío en la Red eso de tenerlo enfrente y de que la abrazara no le gustaba para nada. Parecía que a la mamá tampoco, porque enseguida se interpuso:

—Bueno, dejen tranquilo al tío —y luego se dirigió a Xul—: Vino exclusivamente en calidad de doctor. Ha leído tus comentarios en la Red sobre el ardor en los ojos y viene a revisarte. Ha hecho una excepción porque estas acciones no están permitidas en la Red —el comentario final sonó a reproche, más que a agradecimiento.

El tío era médico y formaba parte del equipo de Medicina Integral en Ciudad Virtual. Contestaba las consultas por la Red, hacía algunas visitas a domicilio, pero básicamente se dedicaba a la investigación.

Xul miró al tío de arriba abajo. Era absolutamente fuera de lo común que un usuario hiciera algo desinteresado por otro y, más aún, que corriera este tipo de riesgos. Si alguien se percataba de que Prop había visitado una casa sin permiso de las autoridades de Ciudad Virtual, podía tener serios problemas.



También Suyai miró de arriba abajo al tío. Lo notaba más gordo y barbudo de como se lo veía en la Red. Tenía los mismos rulos cobrizos que su papá y las mismas entradas en la frente. No había dudas de que eran hermanos.

La mamá se fue enseguida al cuarto, diciendo que tenía que volver a trabajar, pero tanto Xul como Suyai adivinaron que eso era mentira. Seguramente los rasgos familiares del Tío Prop le habían hecho recordar aún más al papá. Los chicos estaban convencidos de que su mamá no había ido a su cuarto a conectarse, sino a llorar. Pero como habían sido educados para no conmovirse, no corrieron a consolarla, sino que se quedaron en la sala esperando que el tío les diera las indicaciones para el chequeo ocular. Lejos de eso, el tío se sentó, le acarició el pelo a Xul y le dijo:

—Como sabrás, muchos chicos de tu edad están padeciendo este trastorno en los ojos. Según las investigaciones, esto les ocurre a los niños que vivieron en la superficie y que alguna vez recibieron los rayos del Sol. Por eso, a vos te molestan los ojos y a Suyai, no, porque ella nació en zona subterránea. Al parecer, luego de una cierta cantidad de años viviendo en la oscuridad y expuestos a iluminación artificial, los niños comienzan a manifestar síntomas de irritabilidad y ardor, que se relacionan con la falta de luz natural que alguna vez recibieron.



—Y ¿por qué esto no les pasa a los adultos, que también nacieron y vivieron en la superficie? —preguntó Xul.

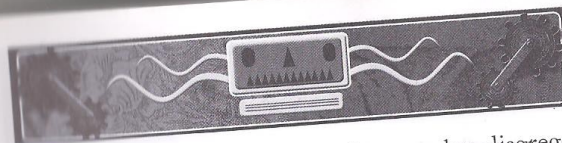
—No lo sabemos aún, pero yo tengo la hipótesis de este trastorno no solo se origina por causas físicas, como lo es la falta de exposición a la luz natural, sino también por motivos emocionales, es decir, lo generan de alguna manera los recuerdos de la vida en la superficie.

—Los adultos cumplieron el protocolo del ingeniero Odeim para bloquear la sensibilidad y mitigar toda nostalgia por el mundo exterior. Por eso, sus recuerdos no son tan fuertes y no les provocan este malestar —aventuró Suyai.

—Exacto —el tío Prop estaba desconcertado ante el certero razonamiento de su pequeña sobrina—. En cambio, a los niños no se los formó en ese protocolo. Los científicos pensaron que no era necesario porque los chicos no tenían recuerdos tan cercanos y vívidos de la superficie. Pero, al parecer, los chicos desarrollaron alguna forma de sensibilidad y nostalgia inconscientes, que se manifiesta en forma física, a partir de la dolencia ocular —el tío tomó un extraño aparato de su bolso y luego agregó—: igualmente voy a revisarte los ojos, Xul, para determinar qué tan avanzado está el trastorno.

Xul se sacó los anteojos y se puso delante del aparato.

—Tenés el mismo color de ojos que tu papá —dijo



el tío mientras proyectaba en ellos una luz disgregada en burbujas turquesas—. Son marrón oscuro con unos destellos más claros... Igualitos a los de él...

Suyai, que estaba mirando la escena en silencio, se sobresaltó al escuchar la palabra "papá". Desde que él se había ido, nadie más lo había mencionado. Su mamá nunca volvió hablar de él y ellos tampoco lo nombraban. El tío se dio cuenta de su mirada perdida y le preguntó:

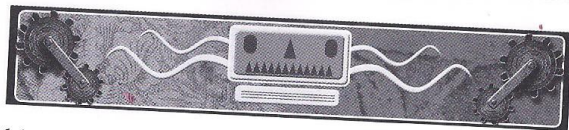
—¿Lo extrañas?

Ni Suyai ni Xul sabían que el tío estaba al tanto de la ausencia del papá. Tal vez se lo hubiera contado la mamá cuando entró a la casa. El tío era de confianza... El papá siempre lo decía.

—Yo nunca extrañé a nadie —contestó la nena con sinceridad—. Pero si extrañar es sentir que una persona falta, que dejó un espacio que no se llena con nada y querés que vuelva... sí, lo extraño.

—Pero no sabemos si él nos extraña a nosotros —intervino Xul—. Se fue hace unos meses y no vino a buscarnos como prometió. Ni siquiera nos mandó un mensaje.

—Ay, chicos, Erbil —así se llamaba el papá— no puede comunicarse por la Red. Recuerden que nadie, salvo nosotros, sabe que no está aquí... Si se conectara desde cualquier sitio, las patrullas sabrían de su huida, lo perseguirían y lo capturarían —susurró Prop, que



hizo un silencio y luego agregó bajando aún más el tono de voz—: Por eso él me pidió que viniera a darles un mensaje.

—¿Vos viste a papá? —preguntó entusiasmado Xul—. ¿Está bien?

—Sí, lo vi en la superficie, cerca de Ciudad Perdida. Se encontraba bien, se dirigía hacia Confines Azules.

Los chicos nunca habían oído hablar de Confines Azules. Estaban por preguntarle al tío de qué se trataba ese lugar, cuando su atención recayó en algo que él estaba sacando del bolso. Era cuadrado, pequeño, plano, liso, de textura más bien frágil y maleable.

—Su papá me dio esto para ustedes —dijo extendiendo el extraño objeto hacia los niños.

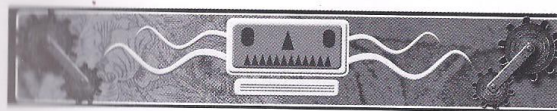
—¿Qué es? —pregunto Suyai.

—Es papel —respondió Xul rápidamente.

—¡Uy, pero qué diferente es a cómo se ve en la Red! —exclamó Suyai—. ¿Pero cómo puede ser que exista el papel? Es un material que no se elabora desde hace tiempo, porque ya no hay árboles.

—No creas todo lo que dice la Red. Hay muchas cosas, que no son como las cuentan —aseguró el tío—. Recordá que yo circulo sobre la superficie y sé cómo son las cosas realmente, aunque tengo prohibido contarlos.

“Uy, otro que habla como papá”, pensó Suyai. Ella ni siquiera consideraba posible que la Red tergiversara



las noticias. Por eso no tuvo la más mínima curiosidad por preguntarle al tío cómo eran, según él, las cosas en la superficie.

Sin hacer ningún comentario, Suyai tomó el papel y lo acarició. Quería sentir la textura, descubrir cómo era al tacto. Después lo olió. Por último, se percató de un dibujo de colores que se extendía en él y de las letras que aparecían abajo. Nunca antes había visto la letra del papá, porque él siempre escribía en las letras configuradas por el sistema, pero no dudó de que esos rasgos desprolijos escritos en tinta verde pertenecieran a él.

—A ver nena, dejame, que quiero leer —Xul le arrebató el papel.

VII. La carta de papá

El papel era grande y estaba plegado en tres partes. En una de las partes, había una nota escrita por el papá; en la otra, un mapa, y en la última, una serie de indicaciones en clave. La carta del papá decía:

Ciudad Perdida, una tarde de 2275

Queridos chicos: perdónenme por haberme ido, pero debía hacerlo.

Afuera hay esperanza, hay vida... Créanme...

Necesito que se reúnan conmigo.

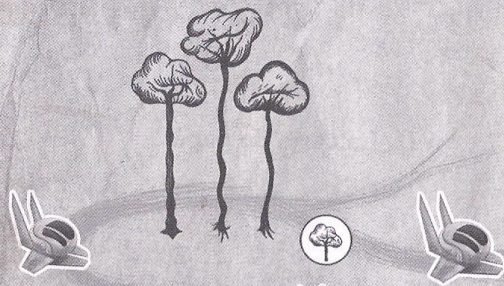
Sigan el sendero marcado en el mapa, tengan en cuenta sus indicaciones y llegarán en menos de tres días.

Los estaré esperando en los Confines Azules. No teman. En el camino recibirán ayuda.

Los quiero, papá.

✓ FORTALEZA BOScosa

EL CL



PARAJE DE LA
NADA



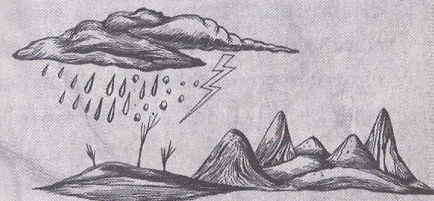
✓ PATRULLAS

☠ ZONAS PELIGROSAS → Transitar rápido
y tomar precaución

✓ ZONAS SEGURAS

☘ ZONAS VERDES → Los radares de las
no son efectivos aquí

☠ PEDREGAL
DE LA LLUVIA

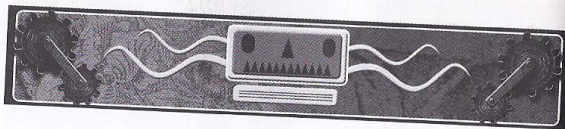


CIUDAD PERDIDA



✓ CONFINES AZULES



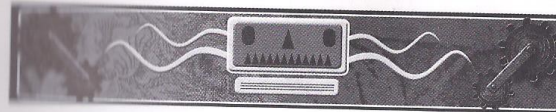


En el mapa se veían claramente unas zonas peligrosas, con patrullas merodeando y otras seguras en las que los radares no eran efectivos. Una región denominada "Pedregal de la lluvia" estaba indicada como zona donde la naturaleza era hostil. También figuraban como peligrosos dos espacios: "Paraje de la Nada" y "El Claro". Luego estaban las zonas "verdes" y "seguras", que abarcaban distintos lugares que los chicos jamás habían escuchado; estaban adornados con elementos ya inexistentes, como montañas, espejos de agua y árboles: "Fortaleza Boscosa", "Ciudad Perdida" y "Confinos Azules". En cada caso, a una zona segura siempre le seguía una peligrosa. Así era el recorrido marcado en el mapa: "Paraje de la Nada", "Fortaleza Boscosa", "El claro", "Ciudad Perdida", "Pedregal de la Lluvia" y "Confinos Azules". Finalmente, en el último pliegue del papel, se leían unas frases incomprensibles, que los chicos ni siquiera se detuvieron a descifrar.

—¡Papá quiere que nos escapemos y que vayamos a buscarlo! —exclamó Xul—. ¡No puede ser! ¡Está loco!

—No griten, que su mamá podría escucharlos y ella no tiene que enterarse. Jamás los dejaría salir a la superficie —los silenció el tío—. Si su papá les pide algo, debe ser necesario. Solo tienen que confiar en que lo lograrán. Deben ser valientes y tener esperanza.

"De nuevo, la bendita esperanza...", pensó Suyai, y mientras plegaba el papel, le preguntó al tío:



—Pero ¿por qué no viene él a buscarnos?

—Porque es necesario que *ustedes vayan a buscarlo*...

—respondió el tío, remarcando las últimas palabras.

—¿Le habrá pasado algo? —quiso saber Xul—.

—¿Está en problemas?

—Solo si se animan a salir podrán descubrir las respuestas.

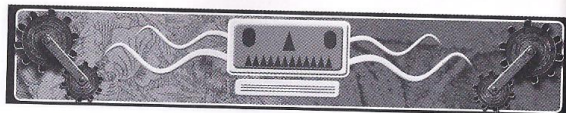
El tío Prop apagó el aparato de las burbujas celestes y luego apretó el botón de una minicomputadora que estaba conectada a él. En la pequeña pantalla, se veían los resultados plasmados en fórmulas incomprensibles.

—¿Y tío? ¿Cómo estoy? —preguntó Xul—. ¿Qué me vas recetar?

—Tu trastorno ocular está muy avanzado. Los medicamentos que existen ya no son efectivos para tu cuadro de irritación. Lo único que te podría aliviar y hasta curar es un poco de luz solar real —dijo el tío y le guiñó un ojo.

En ese momento, salió la mamá del cuarto y, sin perder tiempo, Suyai escondió el papel en el bolsillo de su traje.

El tío le informó a la mamá los resultados del estudio de Xul. Le dijo que nada podía hacerse, porque la dolencia estaba en una faceta muy complicada, pero le aseguró que él y su equipo estaban trabajando en una cura para combatir el trastorno ocular. Para que la mamá no se preocupara, le prometió que cuando



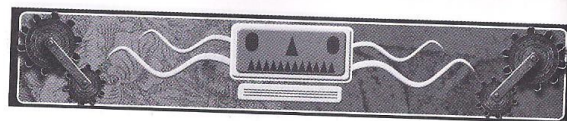
tuvieran una medicación efectiva, Xul sería el primero en recibirla.

La mamá le agradeció al tío sin euforia y lo despidió. Le suplicó que no volviera si no tenía autorización del sistema y les ordenó a los chicos que terminaran sus clases en la Red. Aún le faltaba a Xul estudiar la lección de Historia del siglo XXI y a Suyai escribir la biografía de Tim Burton.

VIII. La decisión

Por primera vez desde que asistía al colegio, Xul no se dedicó a estudiar la lección del día. Ni siquiera activó la bajada de la cascada de información. En su cabeza solo había espacio para las letras de la carta que acababa de leer. Hubiera querido que su papá no le importara. Simplemente lo hubiera preferido. Sin embargo, la Red no lo había programado para eso. A ningún técnico, ni siquiera al ingeniero Odeim, se le había ocurrido diseñar un protocolo para que los chicos dejaran de querer a sus padres o para prevenir arrebatos de cariño. Pero si acaso hubiera existido un protocolo de ese tipo, el corazón de Xul, o el de Suyai, jamás lo habría aceptado.

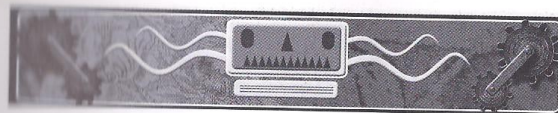
A pesar del enojo por la partida de su papá, Xul lo extrañaba, y lo que más deseaba era reunirse con él. Al principio había dudado, pero también necesitaba creerle y descubrir que se había ido por una buena



razón..., por una causa verdadera. Por eso, durante los meses de ausencia, trató de encontrar alguna prueba que avalara su huida e hicieran más creíbles esas divagaciones que el papá había construido sobre el exterior.

Sin que su mamá y Suyai se dieran cuenta, Xul se inmiscuyó varias veces en el cuarto del papá. Revolió su escritorio: su pantalla, sus escritos y sus viejos libros —por eso conocía el papel, porque había visto libros de ese material allí—. Pero nada había descubierto. No había ninguna evidencia cierta de lo que su papá afirmaba.

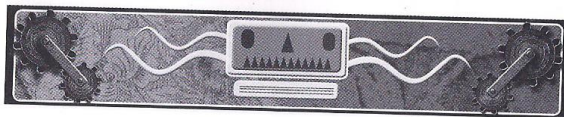
Xul estaba seguro de que su papá estaba confundido y equivocado y de que tenía que ayudarlo. Al parecer, el protocolo para bloquear la sensibilidad y mitigar la nostalgia del mundo exterior no había surtido ningún efecto en el papá. Por el contrario, perdido en su propia imaginación, él creía que aún perduraba aquel mundo que una vez existió antes del Temblor. Por esa razón, porque y aunque pareciera absurdo, Xul pensaba que el único camino posible para recuperarlo era ir en su búsqueda. Suponía que, cuando él mismo estuviera en la superficie y viera con sus propios ojos que la vida era hostil y que la Tierra no era más que un desierto estéril, su papá no podría negar la realidad y regresaría con él. Debido a algún extraño motivo, Xul sentía que emprender ese viaje era la única forma



de recuperar a su papá, al papá que hasta hacía poco había tenido.

“¿Por qué papá nos pide que vayamos buscarlo?”, se preguntaba Suyai, en la otra habitación, mientras se enteraba de que Tim Burton había sido el director de *El joven manos de tijera* y *El gran pez*. “¿Estará en problemas?”. Ella no entendía por qué su papá la arrastraría a dejar su casa si afuera no había nada. ¿Por qué abandonar su hogar para cumplir una aventura peligrosa, impetuosa, sin sentido? Sin embargo, Suyai sí le encontraba un sentido. Si debía afrontar terribles peligros y transitar un largo viaje para que su papá volviera, ella lo haría. Si esa era la condición, estaba dispuesta a afrontar los riesgos. Debía hacerlo por su papá, por la tristeza de la mamá, por los ojos de Xul, por su propia soledad. Tenía que rescatar a su papá de Confines Azules, aunque ignoraba qué era ese lugar y dónde estaba. Mientras pensaba todo eso, Suyai se acordó de una historia que su mamá le había contado una vez y que ella luego, redactó, en su cuaderno de Ceres.

Dejando de lado por un rato el estudio de la estética de *La fábrica de chocolate*, dirigida por Burton, Suyai buscó el cuento en su cuaderno y lo leyó nuevamente:



El príncipe Comodín

Había una vez, hace mucho tiempo, un príncipe llamado Comodín, que vivía en un palacio de donde nunca había salido. Tan cómodo estaba que jamás quiso cruzar sus muros y recorrer el reino. ¿Para qué hacerlo si en el palacio tenía todo lo deseaba?

Pero esta vez Comodín debía partir para cumplir la misión que le había encomendado su padre: rescatar a la princesa Bella del castillo del terrible dragón. Comodín no la conocía, pero su padre le había dicho que era una joven hermosa y buena, y que si la salvaba se convertiría en su esposa.

Por primera vez en su vida, Comodín salió del palacio. Cabalgó durante mucho tiempo por el bosque, hasta que se detuvo a descansar a la orilla de un lago.

—Majestad, ¿hacia dónde va? —le preguntó un anciano que pasaba por allí.

—Al castillo del dragón —le contestó él.

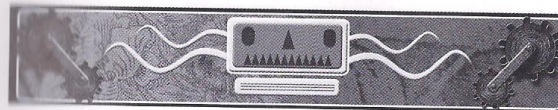
—Debería cargar agua aquí. La necesitará... es mágica.

—Pero ¿cómo lo sabe? ¿Quién es usted?

—Soy un viejo leñador y sé eso porque he recorrido el reino y conozco sus secretos.

El príncipe llenó su alforja con agua y mientras seguía camino pensó que había muchas cosas que desconocía por haber estado encerrado tanto tiempo en el palacio...

Al amanecer, llegó por fin al castillo y vio a la princesa en la ventana de una de las torres. Sigiloso, se dirigió hasta allí,



pero de pronto el terrible dragón asomó sus fauces y comenzó a perseguirlo. El príncipe intentó luchar con su espada, sin embargo la fiera la derribó con sus soplidos de fuego. Entonces, Comodín se acordó del anciano: sacó su alforja y derramó el agua sobre el dragón. En un instante, las lenguas de fuego se extinguieron y el monstruo cayó desmayado. Antes de que despertara, Comodín logró sacar a la princesa de la torre y juntos huyeron por el bosque.

—Gracias por haberme rescatado del castillo —le dijo Bella.

—No, tú me rescataste de mi palacio —le dijo Comodín.

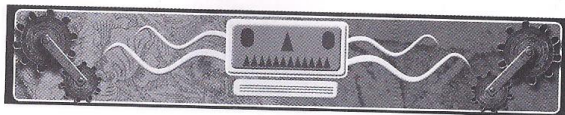
Y colorín colorado, los príncipes vivieron felices por siempre, entrando y saliendo del palacio a cada rato.

Cuento popular, previo al Temblor, contado por mamá y redactado por mí,

Suyai

Suyai pensó que la historia del príncipe y la que ella estaba por vivir, se parecían. El príncipe Comodín había dejado su palacio confortable para vivir una peligrosa aventura, y ella huiría de la seguridad de su casa hacia la superficie impredecible. Ella rescataría a su papá, como el príncipe había logrado rescatar a Bella. Quizás esa era la única forma de que hubiera "colorín colorado" y de que ellos "vivieran felices por siempre".

De pronto, Suyai escuchó que su hermano le estaba hablando por la Red:



—Es muy riesgoso, pero tenemos que subir la montaña.

Suyai sabía que Xul se estaba refiriendo al asunto del rescate de su papá. Que, en clave, “subir la montaña” quería decir a “ir a buscarlo”.

—Voy con vos... —le dijo Suyai.

—¿Estás segura? Yo puedo ir solo. Soy grande y fuerte.

—Estoy segura —le respondió Suyai casi riéndose. Le daba gracia que Xul se sintiera grande y fuerte... Apenas era unos centímetros más alto que ella. Y de fuerte no tenía nada... Era tan delgado como uno de los cables que los mantenían conectados a la Red.

—Yo preparo todo. No te preocupes por nada. Mañana a la mañana subimos la montaña.

—Está bien.

Sin embargo, Suyai no se encontraba nada bien. En ese momento la invadió una sensación extraña: no quería abandonar el palacio, no deseaba enfrentarse con dragones, no estaba segura de poder afrontar los riesgos, porque intuía que afuera no había castillos ni príncipes, tampoco leñadores que acudieran en su ayuda, ni agua mágica que garantizara que el cuento tendría un final feliz.

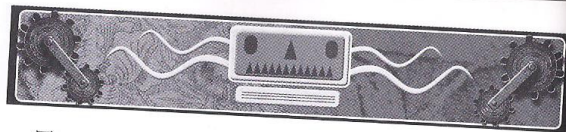
Ella no era una princesa y no vivía un cuento de hadas.

Por primera vez, Suyai tuvo miedo.

IX. Cruzando el túnel

Xul se ocupó, primero, de dejar pautada su participación en la Red. Y también la de Suyai. Con un programa que, hacía un tiempo, su papá le había enseñado usar, logró configurar las rutinas: los diálogos, las posibles respuestas de los exámenes, las reacciones en los intercambios orales, todo. Ahora entendía por qué su papá se lo había explicado. Era la única forma de que nadie notara su ausencia, tal como lo había logrado el papá.

Segundo, Xul organizó las raciones de comida y de agua. Colocó en las mochilas las píldoras alimenticias y los sobres hidratantes que había logrado juntar. Calculó que les alcanzarían para seis días, el tiempo justo que, según sus conjeturas —elaboradas de acuerdo con el mapa y las anotaciones en los libros del papá—, les demandaría llegar y regresar de Confines Azules.



Tercero, preparó los trajes y las máscaras de oxígeno que hasta ese momento jamás habían usado. Xul sabía —como todos los habitantes de Ciudad Virtual— que en algunos de esos elementos estaban instalados los localizadores de Venus, unos mecanismos-sensores elaborados con material de dicho planeta que, al estar expuestos durante una cierta cantidad de tiempo al aire del exterior o a algún ruido fuerte, emanaban unas ondas que podían ser detectadas por las patrullas. Los localizadores habían sido colocados recientemente por el sistema de seguridad del ingeniero Odeim, con el fin de registrar posibles huidas. Xul tanteó las prendas y los respiradores, guiado por la remota ilusión de encontrar los localizadores, pero no hubo caso, no pudo descubrirlos y los cargó así como estaban. No tendrían más remedio que llevar el peligro a cuestas...

Como su mamá los acababa de ver, Xul estimó que, al menos, durante unos días, no los requeriría personalmente. Se comunicaría con ellos solo por la Red.

Tal cual acordaron en clave por la Red, Xul y Suyai se encontraron en la sala central, a primera hora de la mañana, cuando la mamá aun dormía. Después, se pusieron los trajes especiales en silencio, se colocaron las máscaras de oxígeno y se colgaron las mochilas en los hombros.

Contemplaron la soledad de la casa húmeda, segura, resistente, querida... Ese era su mundo y ahora lo

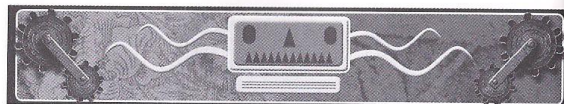


abandonaban como si fueran excéntricos aventureros de otros tiempos que se hacían a la mar en busca de un continente incierto por descubrir.

Abrieron la puerta y transitaron desconcertados el túnel oscuro que los separaba de la escotilla que comunicaba el mundo de las profundidades con la superficie. Luego de ascender por los tres kilómetros que conformaban el túnel que los separaba del exterior, divisaron la escotilla, que era una apertura pequeña y parecía hermética, inescrutable. Se trataba del umbral que los separaba de la incertidumbre, del abandono de su papá, del misterio de su locura.

Para sorpresa de los chicos, la escotilla se encontraba asegurada solo con una clave que se abría colocando el nombre de los padres de la casa —en este caso, Erbil y Ailín—. No había ningún otro sistema de seguridad, porque en el momento en que había sido diseñada era imposible concebir que alguien quisiera ascender hacia la superficie, pero, además, porque la escotilla debía ser de fácil apertura desde la superficie para que las patrullas o los empleados que traían las provisiones pudieran ingresar y salir sin problemas.

Antes de colocar la clave y jalar la palanca que abría esa puerta pesada, inmensa, que los aislaba de la superficie devastada, Suyai se detuvo. Contempló



la expresión de terror en la cara de su hermano y sospechó que la suya debía ser similar... o peor.

—Esperá, Xul —le dijo Suyai, mientras buscaba su cuaderno de Ceres en la mochila. Lo abrió en una página que apenas estaba escrita. Allí se leía una frase que alguna vez, aunque no se acordaba cuándo, el papá había escrito. Se trataba de la frase de una científica a la que él admiraba mucho. Se la leyó a Xul, con la intención de darle ánimos y borrarle esa expresión de miedo que tenía dibujada en la cara. Pero, además, porque quería recordar la voz del papá mientras la pronunciaba. Su voz de tornado. Su voz firme pero a la vez tierna. Su voz de tifón. La frase decía así:

“A nada en la vida se le debe tener miedo. Solo se lo debe comprender”.

Marie Curie

Xul y Suyai tenían miedo, mucho miedo, demasiado miedo. Si bien el temor brutal, irracional, inmenso seguía con ellos, decidieron tomarse de las manos —algo que nunca habían hecho antes, porque estaba fuera del protocolo—, y luego, juntos, colocaron la clave y jalaron la palanca de la escotilla.

PARTE 2

Saltando sin Red

I. Nada es lo que parece

Los chicos ascendieron hacia el exterior con gran dificultad. El tramo inicial presentaba una pendiente abrupta, y el espacio por el que debían trepar se disipaba en piedras desprendidas y en la arenilla que se deshacía entre los dedos. Una oscuridad tenue y nauseabunda les abrazaba el miedo.

La tierra árida se extendía ante ellos sin medida. Acostumbrados a vivir entre paredes, encerrados dentro de pequeños cubículos, la falta de un límite cercano los abrumó. Observaron su alrededor más aterrados que maravillados. Un resplandor rosado, poco a poco, fue delineando el horizonte, que se perdía a los lejos. ¿Tal vez estaba amaneciendo? La posibilidad de que existiera la claridad y no una oscuridad permanente los confundía. Comenzaron a caminar presurosos y en cada paso el suelo les mostraba sus heridas: grietas profundas, malezas que se filtraban a borbotones,



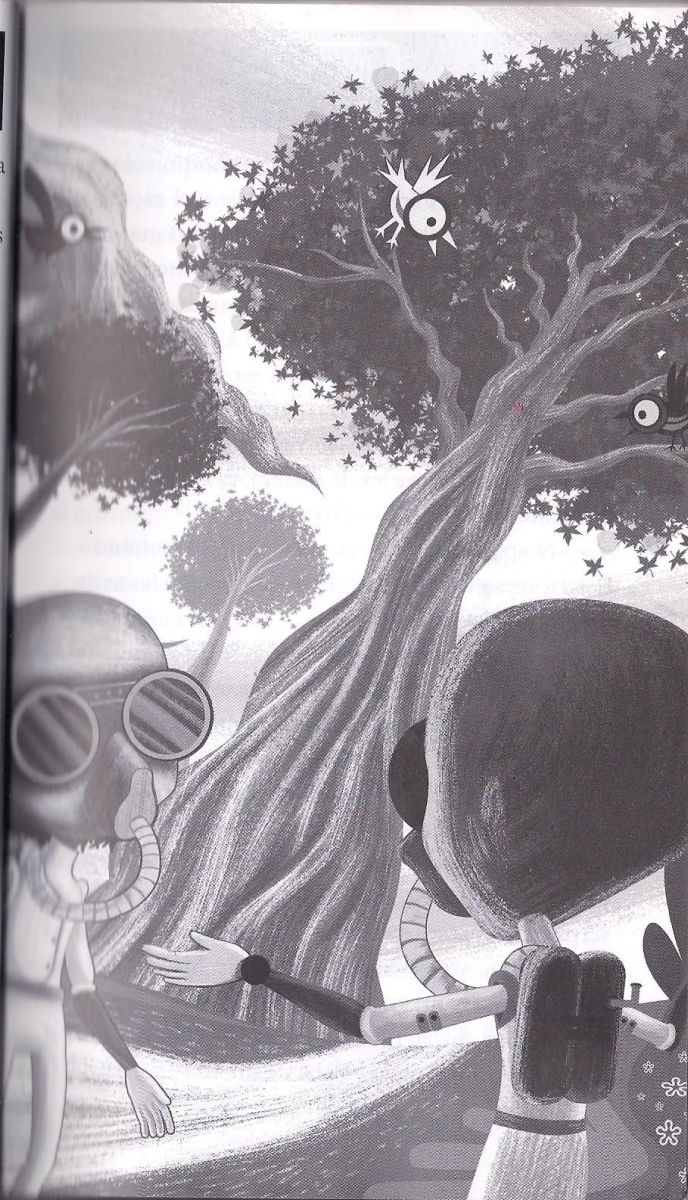
miles de escotillas solitarias. Al cabo de un trecho, la oscuridad se volvió menos densa.

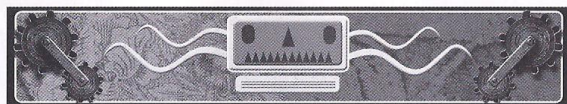
—¿Qué pasa? —preguntó Suyai, cuya voz detrás de la máscara de oxígeno sonaba ronca y gangosa.

—No sé, todo se está poniendo más claro —le respondió Xul, que no quiso decirle lo que suponía... La hipótesis sobre un inminente amanecer no era algo que se pudiera discutir en ese momento.

Debían seguir avanzando lo más rápido posible hasta dejar el Paraje de la Nada y llegar a Fortaleza Boscosa, el área que aparecía señalizada en el mapa como “segura” y en la que ya no había escotillas, es decir casas subterráneas.

Aunque Suyai avanzó durante un largo trecho sin despegar la vista de los desniveles del suelo, luego levantó la mirada y realizó un movimiento novedoso para ella, que hubiera sido innecesario en su casa de las profundidades, donde el techo siempre estaba próximo. Alzó la cabeza, estiró el cuello, tanto como si estuviera formado por resortes. La cabeza se inclinó para atrás y sus rulos castaños casi le rozaron los hombros. Mientras abría cada vez más los ojos, miró hacia arriba, tan alto como nunca lo había hecho. Entonces, Suyai gritó. El techo se mostraba inalcanzable y estaba cubierto por algo que parecía una bruma blanca por donde se filtraban unos destellos de luz. Después, aterrada, Suyai vio que la





rodeaban unos seres monstruosos con un solo pie y miles de brazos. Parecían cíclopes de piel caoba, que la miraban impasibles y emitiendo sonidos guturales.

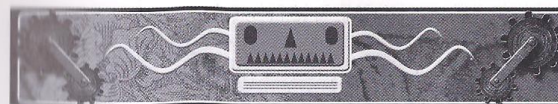
—No te asustes —la calmó Xul—. Creo que eso es el cielo —dijo señalando hacia arriba—. Y esos son árboles —agregó refiriéndose a los gigantes inmóviles—. Y los sonidos deben ser los graznidos de los pájaros que anidan en las ramas... Eso lo estudiamos en la Red, ¿te acordás? Vimos imágenes y escuchamos reproducciones de sonido, pero, claro, es tan diferente a mirarlos y oírlos realmente.

—No puede ser —Suyai no salía de su asombro—. Los árboles y los pájaros se extinguieron. Ya no existen, son pura fantasía...

Aunque su propia percepción se lo demostrara, Suyai trataba de convencerse de que eso no era real, de que no estaba pasando. Ella no quería dejar de creer en la Red. No podía concebir que la información que circulaba en Ciudad Virtual fuera falsa...

Para ella era imposible encontrarse frente a esos seres y esos elementos legendarios. Era como si cualquiera viera a la Hydra de Lerna de la mitología griega —la serpiente acuática de siete cabezas— paseando por el mar, o fuera transportado al Período Mesozoico y se encontrara con un *tyrannosaurus rex*.

—¡Mirá, Suyai, un guacamayo! —exclamó Xul al ver el ave colorida que volaba de un árbol a otro.



Suyai no pudo contener el pánico y retrocedió. Al parecer, la valentía la había abandonado. Comenzó a desandar el camino. Regresaba. Quería encontrar su escotilla, volver a su hoyo en la tierra, refugiarse en su hogar subterráneo.

—Pero ¿qué hacés? —Xul iba tras ella.

—Quiero volver a casa —vociferó Suyai, acelerando la marcha.

—No grites, nena, no hagas ruido, que podés activar los localizadores de Venus, y las patrullas nos localizarán al instante.

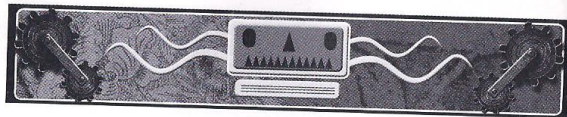
Cuando Xul finalmente logró alcanzarla, la detuvo y, aferrándola por la cintura, trató de arrastrarla hacia la dirección contraria.

—Quiero salir —gritó ella—. ¡Déjame salir de acá!

—Pero, no estás *adentro*, ya saliste —Xul trataba de calmarla—. Ahora estás *afuera*.

Suyai concebía la realidad de modo diferente. Ciudad Virtual era su lugar, allí se sentía *dentro* del mundo. Ahora había entrado a otro universo, a un espacio desconocido tan amplio y profuso que la asfixiaba. En ese momento se arrepintió de haber cruzado el umbral.

Sin embargo, era demasiado tarde para retroceder... Ya era imposible regresar, porque un ser horrendo había aparecido en el medio del camino que los separaba de su escotilla. Se trataba de un monstruo repleto de



escamas con una cresta dorsal que nacía en su cabeza. Se deslizaba amenazante hacia ellos.

—¡Un monstruo de tres ojos! —exclamó Suyai—. ¡Es repugnante!

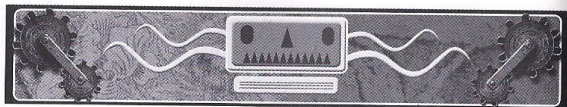
—Nos va a atacar —dijo Xul— ¡Escapemos!

Sin discutir más, huyeron en dirección a Fortaleza Boscosa sin mirar atrás. La criatura verde, horripilante, amenazadora corrió tras ellos.

II. El monstruo del tercer ojo

El monstruo, guiado por un instinto ancestral que le permitía ver los cuerpos que se movían a grandes distancias, persiguió a los chicos durante todo el trayecto hasta Fortaleza Boscosa. Aunque era pequeño, se desplazaba velozmente. Cuando Xul y Suyai pensaban que lo habían pedido de vista, su silueta verdosa emergía a lo lejos. Trataron de desorientarlo, volviendo sobre sus pasos, con el fin de que la bestia siguiera las huellas falsas. Sin embargo, no lograron engañarlo. El monstruo no se orientaba siguiendo pisadas en la tierra, si no mediante la captación de los movimientos que los cuerpos de los chicos producían. Por eso, a cada rato, volvían a divisarlo, ya sea en la copa de un árbol, o escondido detrás de alguna roca.

Pero lo que los chicos ignoraban era que ese ser extraño los estaba incitando a que salieran lo más pronto de Paraje de la Nada y se internasen en el bosque.



Tras un largo recorrido y sofocados por un intenso calor, al que no estaban habituados, Xul y Suyai llegaron a la zona segura, que parecía hacerle honor a su nombre: Fortaleza Boscosa. Las copas de los árboles se vislumbraban inalcanzables y solo algunos destellos que emanaba el cielo podían atravesar la muralla formada por hojas y ramas.

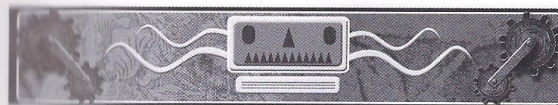
¡Por fin, habían arribado al lugar señalado como seguro en el mapa! Y sospechaban por qué lo era. La altura de los árboles seguramente restringía las señales que emanaban de los localizadores de Venus, alojados en alguna parte de la vestimenta de los chicos y, de este modo, impedían que las patrullas los rastrearan.

Fue al llegar a Fortaleza Boscosa, cuando Xul y Suyai parecieron olvidarse del asecho de la criatura. Tal vez porque Xul se había encontrado con un bosque real. Un bosque como el que siempre había soñado, aromático y colmado de variedades de árboles exóticos. Quizás porque Suyai había comenzado a confiar en aquello que veía, escuchaba, tocaba... en suma, en todo lo que sentía.

—No lo puedo creer... un bosque de verdad... —dijo Xul.

—Sí, es cierto —esta vez Suyai aceptó que la flor que estaba tocando era real—. Es como en el cuento “El traje nuevo del emperador”... Papá tenía razón.

—¿Por qué? —Xul estaba desconcertado y no entendía...



—Claro, es como en el cuento —repitió Suyai y después explicó—: El emperador y los funcionarios decían que veían un traje, que en realidad no existía. No les importaba mentir con tal de no parecer tontos. En Ciudad Virtual pasa algo similar: Odeim y sus funcionarios inventaron que el Temblor destruyó la naturaleza y extinguió a los animales y la plantas, aunque no sabemos por qué razón mienten...

—Sí, y a diferencia del pueblo del cuento, en Ciudad Virtual todos creemos en lo que dice el ingeniero Odeim y sus técnicos.

—Solo unos pocos dudaron.

—Papá dudó. Al final, tenía razón.

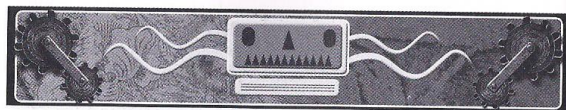
—Sí, él no mentía...

—Suyai —balbuceó Xul.

—¿Qué?

—Cuidado. Ahí está el monstruo —susurró en el oído—. No te muevas...

Era cierto... La criatura los había alcanzado y ahora se hallaba sobre una rama, cerca de la cabeza rulosa de Suyai. Pero no se quedó quieta y enseguida saltó al árbol en el que estaba apoyado Xul. Él permaneció inmóvil, esperando que en cualquier momento la bestia lo atacara. Pero nada de eso sucedió. Al cabo de un rato, el monstruo bajó a la tierra y, deslizándose sobre sus patas que finalizaban en garras filosas, se aproximó a Xul. Con resoplidos y latigazos de cola, colocó



la inmensa papada sobre los pies del chico. Al sentir los pinches de las escamas contra las piernas, Xul se estremeció.

—No te asustes —lo calmó Suyai—. Parece que el monstruo es pacífico y solo quiere que lo acaricies.

Al estar más cerca de la criatura, Xul la miró detenidamente, ya con menos miedo.

—No es un monstruo —sentenció, al advertir lo que era en realidad.

—¿No?

—No, es un animal —Xul había estudiado hacía poco la fauna extinguida durante el Temblor y reconoció perfectamente a qué especie pertenecía el “monstruo”. Es una iguana, aunque más grande que las que se encontraban antes del Temblor.

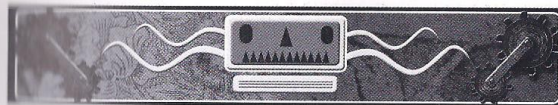
—¿Una iguana?

—Así parece —dijo Xul, mientras se inclinaba hacia el animal para acariciar su áspera cabeza—. Es un lagarto herbívoro que vive en los árboles de los bosques y las selvas, sus escamas verdes le permiten confundirse con la vegetación y su tercer ojo se llama parietal —y después lo saludó—: ¡Hola, Teyú!

—¿Qué? ¿También sabés el nombre?

—Teyú es uno de los nombres que los indígenas dieron a la iguana. Así la llamaban los guaraníes.

—Parece que le gustó el nombre y también las caricias, porque la iguana se quedó mansita a tu lado.



—No es raro que las iguanas hayan sobrevivido al Temblor —explicó Xul—. Al ser reptiles y tener sangre fría, pueden soportar altas temperaturas y, además, cuentan con una excelente visión, que les permite adentrarse en los bosques.

—Por eso nunca perdió nuestro rastro, a pesar de que quisimos engañarla. Y ¿no estará con otras iguanas?

—No creo, son animales solitarios.

—¿Habrá más animales en el bosque?

—Y... además de pájaros y reptiles, seguro que hay mamíferos.

Suyai se sobresaltó al pensar que un jaguar o un puma estaban cerca. Pero prefirió no pensar en eso y se acercó a Teyú. Cuando la iguana dejó de resoplar, se animó y le acarició las escamas rugosas, verdes, ásperas.

—Es un hermoso animal...

—Vos decías que era horrible...

—Bueno, pero no lo había visto bien.

—Creo que tenemos un nuevo compañero de viaje —agregó Xul.

Y Suyai adivinó una sonrisa detrás de la máscara que cubría la cara de su hermano.

III. Contra el Sol

Los motores de las patrullas infringieron la tranquilidad del bosque. Primero fue un susurro, luego se transformó en un grito hiriente que vociferaba y llamaba a los chicos a gritos. Las luces que despedían los vehículos pretendían visualizarlos y los radares, como perros de caza, se habían lanzado, frenéticos, en su persecución.

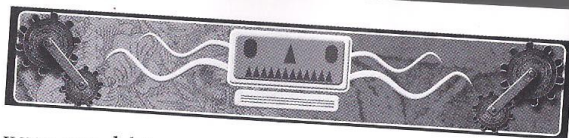
Teyú comenzó a correr, y Xul y Suyai la siguieron. Se internaron en el laberinto que formaban los árboles y atravesaron los pasadizos sinuosos con la intención de desorientar a las patrullas.

—No entiendo. Se supone que esta es una zona segura... —decía Suyai sin parar de correr.

—¿Qué hacemos?

—Fíjate en las indicaciones del mapa.

Xul se detuvo sobre un tronco caído y desplegó el papel. Había tres indicaciones: dos para zonas peligrosas



y una que debía usarse solo en situaciones de emergencia en áreas seguras. Leyó la que correspondía a esta última:

*La respuesta al miedo está cifrada en un nombre.
En el significado de Xul, la clave oculta se esconde.
Si hay algún peligro, ascender es lo indicado.
Cerca del astro rey, está el refugio esperado.*

—¡Ay, no! ¡Papá y sus misterios! —protestó Suyai. Ella conocía muy bien los acertijos y las adivinanzas que su papá inventaba.

—Empecemos por la pista sobre mi nombre.

—A ver... Vos te llamás Xul, en honor a un artista del siglo xx, a Alejandro Xul Solar, ¿verdad?

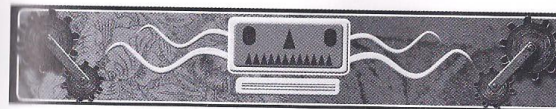
—Sí, es el pintor favorito de mamá.

—Bien, pero como nos había contado ella, el verdadero nombre de este pintor era Oscar Agustín Alejandro Schulz Solari.

—Así es... Su seudónimo derivó de la conjunción Schulz Solari y Xul.

—El nombre Xul invertido es Lux, que significa “luz” en latín —continuó Suyai—. En consecuencia... el significado de su nombre artístico completo es... “luz solar”.

—Mirá —Xul señaló a Teyú, que estaba en la rama más alta de un árbol y movía la cola, como llamándolos—. Ese podría ser un buen refugio. ¡Claro!



Coincide con la indicación que nos dejó papá: para salvarnos debemos aproximarnos a la luz solar, es decir al astro rey. ¡Tenemos que subir a la copa del árbol!

Desde el campo de percepción de los chicos, el bosque se alzaba como una maraña sombría de hojas, hongos y musgos. Como los árboles bloqueaban casi toda la luz solar, a esa altura todo se percibía oscuro y húmedo. Xul tenía razón: la única zona del bosque a la que llegaba el Sol con toda su intensidad era en lo alto de los árboles.

—Debemos trepar —insistió Xul.

—No, no sé —balbuceó Suyai.

—Tenemos que subir, no hay otra opción. Aquí las patrullas nos encontrarán. Subamos.

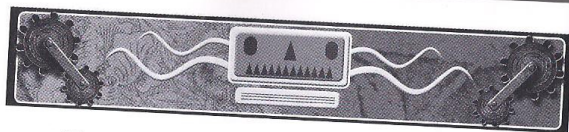
—No, es muy alto.

—No tengas miedo, si vos sos una experta escaladora.

—Pero de montañas virtuales... Al lugar real más alto que subí alguna vez fue a una silla para alcanzar el frasco de sobres hidratantes.

—Vamos, no hay otra alternativa.

—No, Xul. El Sol es letal, nos matará —explicaba temblorosa Suyai—. Estamos cerca del mediodía y si nos subimos a un árbol estaremos expuestos en forma directa a los rayos. No creo que los trajes y las gafas resistan las radiaciones.



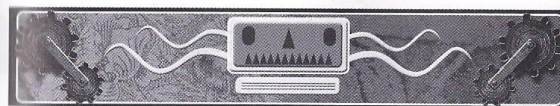
—Hay que confiar en el consejo de papá —y luego Xul señaló a Teyú, que estaba bañada de luz —: Mirá, él está bien, no le hace mal el Sol...

—Pero él es un reptil de sangre fría que tiene el cuerpo cubierto por escamas y sobrevivió al Temblor. Nosotros somos dos nenes debiluchos que se criaron en la oscuridad de una casa subterránea.

Aunque Xul comprendía el razonamiento de Suyai, no podía esperar. Las patrullas se acercaban. No estaba dispuesto a arriesgarse un minuto más. Fue entonces cuando pegó un salto y se aferró a la rama del árbol más alto que pudo divisar. Balanceándose, fue subiendo de rama en rama hasta llegar a una muy lejana.

Al descubrir que no tenía otra opción, Suyai lo imitó. Tregar un árbol no se parecía en nada a subir a sus cerros y montañas virtuales. Los pies se le resbalaban y sus brazos no tenían fuerzas para sostenerla. Sin embargo, luego de unos metros, las ramas del árbol por el que ascendía formaron un inusual columpio, en el que Suyai fue balanceándose y ascendiendo. Fue así como le resultó más fácil llegar a lo alto. Sin embargo, cuando estaba por alcanzar a Xul, una de las ramas a la que estaba por asirse, se le escurrió de entre las manos.

—¡Cuidado! —gritó Xul, mientras trataba de sujetar a su hermana—. Vamos, agarrate de mi brazo.



Suyai se aferró con fuerza a Xul y, luego de un gran esfuerzo, pudo alcanzar la rama anhelada. ¡Por fin, habían logrado resguardarse en las alturas!

Al cabo de unos segundos, divisaron las patrullas, que avanzaban arrasando con la vegetación que se interponía a su paso. Aunque dieron varias vueltas, y fueron y volvieron muchas veces por la zona en la que los chicos se habían ocultado, no los encontraron. Tal vez, los radares de las patrullas no pudieron registrar los localizadores de Venus porque las ramas funcionaban como barreras en la captación de las ondas. Pero los guardias tampoco dieron con ellos debido a que en ningún momento miraron hacia arriba. Siempre estaban enfocados al suelo: su vista llegaba a la altura que las ventanillas de los vehículos permitían ver.

—¿Notaste que los guardias no se bajan de las patrullas? —comentó Xul.

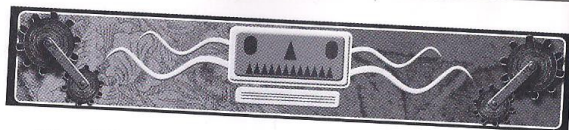
—Pareciera que no quisieran tener contacto con el exterior —dijo Suyai.

—Seguro que tienen prohibido salir de los vehículos y mirar el cielo, el Sol, los pájaros.

—O tienen miedo de hacerlo —agregó la nena.

—Es raro... Viajan a Ceres o a Venus y no se animan a caminar por su propio planeta.

—El miedo provoca acciones absurdas en las personas.



El sol iluminaba el árbol en el que se encontraba Teyú. La iguana estiraba su cuello, sus patas y su cola para que cada escama recibiera el calor de los rayos... Parecía que disfrutaba de los destellos de luz. Xul y Suyai no tardaron mucho en descubrir lo que sentía el animal, pues al cabo de unos minutos el Sol también alumbró la copa del árbol que les servía de refugio.

—Nos vamos a desintegrar... —dijo Suyai al sentir por primera vez el calor, que parecía franquear su traje y sus anteojos de protección—. Vamos a morir calcinados, rostizados, chamuscados.

Xul también estaba asustado. Pensaba que no podría soportar la exposición solar, pero, cuando la luz lo rozó, una sensación cálida y reconfortante le recorrió el cuerpo.

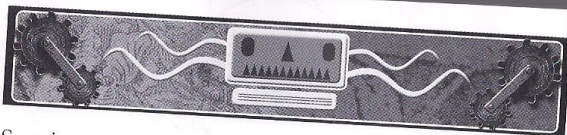
—¡Es como una caricia! —exclamó Xul, y agregó—: Como una caricia de mamá.

—Es cierto —admitió Suyai.

Fue entonces cuando Xul recordó la recomendación del tío Prop y, siguiendo un arrebato irrefrenable, se quitó los anteojos de ultraprotección.

Suyai gritó al contemplar el acto absurdo que estaba llevando a cabo su hermano, pero él no se inmutó. La luz impactó de lleno en sus ojos y Xul no manifestó malestar ni dolor. Por el contrario, sonrió. Por primera vez, estaba sintiendo el calor del Sol en sus ojos lastimados por la oscuridad subterránea y artificial.



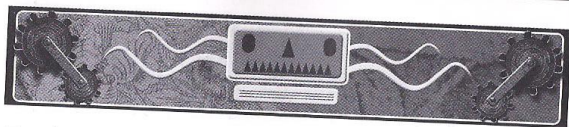


Suyai, entonces, hizo lo mismo y, temblando, se sacó las gafas.

El temor poco a poco se desvanecía. Los ojos de Xul se deshacían del dolor y empezaban a ver. A ver realmente.

IV. Extraños al asecho

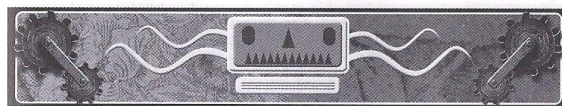
Recién cuando se aseguraron de que las patrullas habían salido del bosque, los chicos bajaron del árbol. Decidieron retomar el camino rumbo a su próximo destino: "El Claro". Guiados por Teyú, atravesaron un sendero de eucaliptos, encendido de voces de pájaros y chasquidos de ramas. Marcharon durante toda la tarde. Solo se detuvieron unos minutos para descansar y comer. Se sentaron sobre unas inmensas raíces que sobresalían de la tierra —debido a que en algunas partes del bosque la capa del suelo era muy delgada, los árboles desplegaban grandes raíces para sostenerse—, y buscaron en sus mochilas los sobres hidratantes y las píldoras alimenticias. Comieron y bebieron tan rápido como podían, de acuerdo con el tiempo que aguantaban sin respirar: retiraban la máscara, tragaban la píldora, bebían y luego se volvían a colocar la protección en la cara.



Estaban tan hambrientos que hasta el alimento en píldoras les pareció delicioso. O tal vez la máscara de oxígeno les permitía eludir el sabor metálico de la comida.

Intentaron darle de probar una píldora alimenticia a Teyú. Como era un animal herbívoro, le acercaron una píldora sabor vegetal, pero no hubo caso: prefirió las hojas verdes de un helecho.

Cuando ya estaba oscureciendo, los chicos divisaron unas sombras, que enseguida se desvanecieron. Pensaban que se trataba de otros animales que los acompañaban, o tal vez los asechaban en la soledad del bosque. Continuaron caminando, durante un largo trecho, entre chillidos y graznidos, aunque no lograron ver ninguna silueta salvaje. Imaginaban que los rodeaban bejuquillas, monos araña, gecos, tapires, ocelotes, jaguares. Hasta que en un momento del recorrido lo que presentían se materializó ante ellos y unas siluetas pequeñas se les abalanzaron. Pero no eran animales, eran seres humanos. Los extraños tenían estatura baja y no vestían trajes especiales. Ni siquiera llevaban máscaras de oxígeno. Uno se arrojó sobre Suyai; el otro lo sujetó a Xul por los brazos y la tercera persona, que era una chica, tomó a Teyú por la cola. En el medio del forcejeo apenas pudieron ver los rostros de los atacantes. Sobresalían las mejillas transpiradas y el pelo oscuro pegado en la frente como algas húmedas.



—No griten —ordenó uno.

—Quédense quietos —dijo el otro.

—Cálmense —pidió la chica—. Tranquilos, venimos ayudarlos...

Ese era el primer contacto que los chicos tenían con otros humanos en el exterior... Qué fea impresión se estaban llevando. ¿Qué modales eran esos? A Suyai y Xul no los convencía que esa fuera una forma de ayudarlos, pero no les quedaba otra alternativa que hacer lo que ellos decían: calmarse. ¿Esos seres serían pigmeos? ¿Serían gnomos? ¿O quizás venusinos? ¿Y si eran los misteriosos habitantes de Ceres?

—Sabemos quiénes son... —dijo el que estaba sujetando a Suyai—. Son Xul y Suyai.

—Claro, lo supieron por la Red —balbuceó Suyai.

—No, nosotros no participamos de la Red —negó uno.

—Vivimos fuera de Ciudad Virtual —aclaró el otro—. Habitamos en la superficie... Somos de Ciudad Perdida.

—Conocemos a su papá... —agregó la chica—. Erbil nos pidió que los ayudemos.

Recién entonces Suyai y Xul se tranquilizaron, y la iguana dejó de arrojar latigazos al aire con su cola larga y pesada. Fue en ese momento cuando Xul y Suyai se dieron cuenta de que sus atacantes eran chicos de aproximadamente su misma edad, aunque la nena



parecía la mayor. Tenían el pelo lacio, oscuro, revuelto y vestían pantalones y camisas livianas.

Suyai los miró sorprendida. Era la primera vez que veía chicos como ellos. Y además estaba asombrada porque respiraban sin máscaras de oxígeno. Quizás su aparato respiratorio había mutado...

—¿Quiénes son? —les preguntó.

—Somos hermanos y vivimos con nuestros abuelos en Ciudad Perdida —dijo uno—. Yo soy Laureano.

—Yo soy Maximiliano —informó el otro.

—Me llamo Esmeralda —contestó la chica.

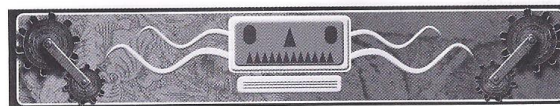
“¡Qué nombres tan extraños y antiguos”, pensó Suyai, “Qué difíciles de pronunciar y recordar... Son demasiado largos”, pensó Xul. En Ciudad Virtual los nombres nunca superaban las cinco letras. Debido a una exigencia del Red, los nombres debían ser cortos. Los nombres extensos ya habían pasado de moda y era imposible que el sistema los procesara.

—Pero ¿cómo es posible que no usen máscara de oxígeno? —pregunto Suyai.

—No es necesaria para respirar... —respondió Maximiliano.

—¿Cómo que no...?

—Ninguno de los habitantes de Ciudad Perdida usamos máscaras. Los animales tampoco —y Laureano señaló a Teyú—: Miren a la iguana, por ejemplo.



—Bueno, Teyú es un animal que tiene otro tipo de respiración, pero ustedes..., ¿son mutantes?

—No —se rio Esmeralda—. Somos como ustedes...

—Cuando vimos a su papá en Ciudad Perdida él tampoco llevaba máscara... —agregó Laureano.

¡Eso era el colmo! Ya era demasiada información para Xul y Suyai... No solo había habitantes en Ciudad Perdida, sino que no usaban máscara para respirar... Y su papá tampoco...

—¿Cómo fue que nuestro papá les pidió que nos ayuden? —quiso saber Xul.

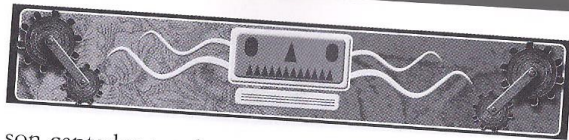
—Hace unos meses él estuvo en Ciudad Perdida. Se dirigía a Confines Azules —contó Esmeralda—. Nos dijo que, por estos días vendrían a buscarlo, y nos pidió que los llevásemos a Ciudad Perdida sanos y salvos, para que luego pudieran partir hacia Confines Azules y encontrarse con él.

—¿Y cómo estaba papá? —conocer ese dato era lo que más le importaba a Suyai.

—Estaba muy bien, no se preocupen por él —dijo Maximiliano—. Deben preocuparse por ustedes y quitarse de una vez esas máscaras si quieren llegar a Ciudad Perdida.

—¡Ni locos! —contestaron a dúo Xul y Suyai.

—La única forma posible de llegar a Ciudad Perdida es sin máscaras —explicó Laureano—. Como saben, las máscaras tienen localizadores de Venus que



son captados por los radares de las patrullas —Xul y Suyai lo negaron con la cabeza, pues desconocían esa información puntual—. Únicamente los árboles interfieren en la captación de los localizadores, por eso aquí están protegidos.

—Pero ahora saldremos a El Claro, que es un espacio desprovisto de árboles —advirtió Esmeralda—, y para transitarlo sin ser localizados, deben quitarse las máscaras.

—No, nos moriremos asfixiados —se apuró a decir Suyai.

—¿Y por qué Maximiliano, Laureano y yo estamos bien vivitos?

—Será porque están adaptados al nuevo aire ultracontaminado sin oxígeno...

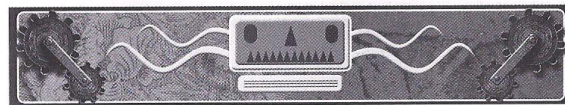
—¿Qué nuevo aire ultracontaminado? ¿Cómo el aire no va tener oxígeno?

—¿Esas pavadas inventan por la Red? —se rio Maximiliano.

—No te burles. El aire mata, es dañino —Suyai estaba enojada. No podía tolerar que pusieran en duda otra cosa más en la que creía... Ya era demasiado.

—¿Tan dañino como el Sol? —preguntó Laureano con una sonrisa irónica que alteraba la serenidad de Suyai.

—Eso es verdad, el Sol no nos hizo daño —dijo Xul—. Al contrario, ya los ojos me duelen menos.



Suyai repasó mentalmente los acontecimientos que habían vivido ese día con su hermano y las cosas que habían visto: primero las plantas, después los animales, luego el amanecer y las caricias del Sol. Suyai se sintió como unos de esos funcionarios del cuento del emperador, que afirmaban lo inexistente... Pese a eso, no estaba dispuesta a sacarse la máscara. Sería demasiado peligroso.

—Tiene que haber otra manera de cruzar la zona peligrosa —sentenció Suyai.

Fue entonces cuando Xul desplegó el papel con el mapa y leyó la pista que los ayudaría a atravesar El Claro.

V. Contra el aire

Al igual que la pista anterior, esta se encontraba formada por dos partes, aunque esta vez mencionaba el nombre de Suyai.

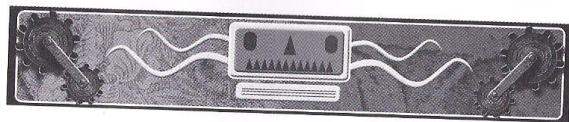
Xul leyó en voz alta:

*¿Qué es? No lo pueden ver, tampoco vivir sin él.
No teman ni desesperen, solo confíen en su no ser.
La respuesta al miedo está cifrada en un nombre.
En el significado de Suyai, la clave oculta se esconde.*

—Mmmm, pensemos en algo invisible, pero que sea indispensable para la vida —propuso Laureano.

—¡Ya sé! —exclamó Suyai—. ¡La Red!

—No, Suyai, podemos tranquilamente vivir sin la Red —la interrumpió Xul—. Por ejemplo, ahora estamos afuera de la Red.



—Nosotros vivimos desde que nacimos sin la Red
—dijo Esmeralda—. Tiene que ser algo vital. Imprescindible para la vida.

¡Qué raro! Para Suyai, hasta el día anterior la Red había sido indispensable para vivir.

—¿El agua? —propuso Maximiliano.

—No, no puede ser... Al agua la vemos...

—¡Ya sé! —gritó Xul—. El aire. Al aire no lo vemos, y sin él no podríamos vivir.

—¿Ves? Hasta tu papá te dice que confíes en el aire —le dijo Laureano a Suyai con la misma sonrisa irónica de antes... Esa sonrisa que a ella le hubiera gustado quitar con solo apretar un botón, como hacía en la Red cuando algo no le gustaba: lo borraba y listo... Pero en la superficie no podía hacer eso. Imposible...

—¿Qué significa tu nombre? —le preguntó entonces Maximiliano a Suyai.

—Quiere decir "esperanza" en quechua —le contestó ella.

—Mmm, qué interesante —susurró Esmeralda y luego agregó—. Justamente, la esperanza consiste en un estado de ánimo en el cual se nos presenta posible lo que deseamos...

—¿Y vos qué deseás, Suyai? —interrogó Laureano.

"Borrarte", pensó ella, pero no dijo nada. Podía controlar muy bien sus emociones. Era una digna exponente de la Red.



—Lo importante es que tengas esperanza —le dijo Maximiliano.

La esperanza... "De nuevo la bendita esperanza", pensó Suyai. Aunque lo ignorara, en ese momento ella era *la esperanza*.

—Vamos, no hay tiempo que perder —los apuró Esmeralda—. Tenemos que atravesar El Claro ya, pero para eso deben arrojar las máscaras ahora...

Suyai no estaba segura de que quitarse la máscara fuera acertado. ¿Por qué tenía que creerles a esos chicos que acababa de conocer? ¿Y si no decían las verdad? ¿Si les estaban tendiendo una trampa? ¿Y si eran peligrosos mutantes?

El bosque estaba llegando a su fin, y un espacio amplio y desprovisto de vegetación se abría ante ellos...

—Hagámoslo —dijo Xul.

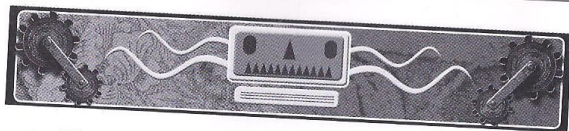
—No, es peligroso —se negó Suyai una vez más.

—Debemos confiar en papá.

—El nunca dijo que nos sacáramos la máscara.

—Pero no hay dudas de que esa es la clave... No podemos ser como los funcionarios del emperador... —cuando terminó de hablar, Xul no dudó: jaló la correa y se quitó el respirador. Lo arrojó y comenzó a correr.

Con una sospechosa calma, Suyai observó cómo su hermano se alejaba. Atrás lo siguieron Maximiliano, Esmeralda y Teyú, que resoplaba y agitaba la cola sin parar. Laureano se quedó junto a Suyai.



—No tengas miedo, no va a pasarte nada. ¡Vamos...! —exclamó él.

—Desde que estoy en la superficie no hago otra cosa que tener miedo —le dijo Suyai, algo confundida, porque se había quedado con ella quien menos hubiera imaginado—. Sin embargo, dominarlo es lo único que me queda. A cada paso, venzo los miedos. Parece que a eso vine acá arriba.

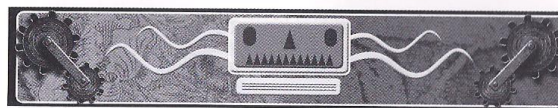
—Dame la mano y contén la respiración —Laureano extendió el brazo, mostró su palma y estiró los dedos—. Al principio te va a costar inspirar el oxígeno sin mediación, pero ya te vas a acostumbrar.

—¿Estás seguro de que hay oxígeno?

—¡Claro! Confía en mí.

Suyai no tenía una opción mejor. Con una mano se aferró a Laureano y con la otra se sacó el respirador de la cara y lo arrojó muy, muy, muy lejos. Mientras corría hacia donde los esperaba el resto, Suyai pensaba que, tal vez, podía ser posible aquello que deseaba: que el aire estuviera limpio, que su papá dijera la verdad, que pudiera creer en esos chicos, hasta que Laureano se convirtiera en su amigo.

La primera bocanada de aire provocó el desconcierto en Suyai y se desplomó. Su hermano fue a buscarla, pero no tenía fuerzas para ayudarla. Entonces Laureano la subió sobre los hombros y la llevó hasta una roca.



Tanto Xul como Suyai respiraban con dificultad. Sentían que se ahogaban. Remolinos de aire se sacudían en sus pulmones. Una tos incontrolable los dominaba.

—Respiren profundo —indicó uno.

—Es que no están acostumbrados al aire del exterior —dijo el otro.

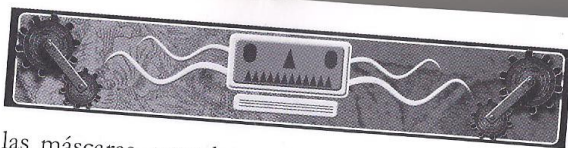
—Van a habituarse enseguida —intervino la chica—. El bosque, como siempre lo ha hecho, se encarga de absorber el dióxido de carbono y producir oxígeno limpio —y agregó—: Además, desde que ocurrió el Temblor, el aire ya no tiene tóxicos...

Poco a poco, Xul y Suyai retomaron el ritmo de inhalación y exhalación. El oxígeno empezó a entrar a borbotones. Era extraño sentir el aire sin filtraciones que ingresaba por la nariz, y vibraba en cada parte de su cuerpo. La tos fue mermando y los chicos comenzaron a recuperar la cadencia en la respiración.

Cuando la calma parecía recuperada, Teyú empezó a dar vueltas nerviosas y a resoplar con fuerza.

—Parece que alguien se acerca —dijo Xul adivinando el mensaje que le estaba dando su amigo de cuatro patas.

Los chicos se ocultaron tras la roca y observaron el paso de las patrullas. Nuevamente, estalló el ruido cavernoso de los motores. Los vehículos acorazados se acercaron a los sitios donde habían sido arrojadas



las máscaras, pero luego de dar unos giros inútiles, retrocedieron y regresaron por el bosque.

Luego, lentamente, los chicos retomaron la marcha. Xul y Suyai tenían una extraña sensación. Quizás se debía al oxígeno que entraba directamente en los pulmones, o tal vez al viento que les golpeaba la cara. O a lo mejor porque por primera vez estaban sintiendo algo parecido al frío. O probablemente porque tenían amigos nuevos que los ayudaban sin pedir nada a cambio... ¡Qué raro era todo en la superficie...!

VI. Ciudad Perdida

Absolutamente diferente a Ciudad Virtual, que había sido cimentada en la perfección del diseño y con un armado rectilíneo, Ciudad Perdida se alzaba en el desorden de la improvisación más evidente. Unas cuarentas chozas desprolijamente esparcidas bajo árboles tupidos constituían un lugar que poco tenía que ver con la concepción de espacio urbano y de metrópoli convencional a la que Xul y Suyai estaban habituados.

Tenía bien puesto su nombre: la ciudad parecía perdida en el medio de un bosque, que incluso era más fragante y húmedo que el de Fortaleza Boscosa. Sus árboles altos y frondosos transmitían seguridad: era casi imposible que los radares de las patrullas alcanzaran la ciudad. Era como si esta vez, la naturaleza se las hubiera ingeniado para que la tecnología y los “avances de la civilización” no la hirieran, no la destruyeran otra vez.



En Ciudad Perdida no había Red ni computadoras. Tampoco, protocolos, trajes especiales, dolor ocular ni máscaras de oxígeno. Ni siquiera el miedo parecía existir.

La atención de sus habitantes se fijó esa noche en los dos niños que acababan de llegar. Aunque ya era muy tarde, gente de todas las edades —niños, jóvenes, adultos, ancianos— salieron de sus casas para ver a Xul y Suyai. Los chicos les provocaban una gran curiosidad.

—Por aquí han pasado muchos adultos que vinieron de las profundidades —explicó Maximiliano—. Pero esta es la primera vez que llegan niños. Por eso los vecinos están tan sorprendidos...

Xul y Suyai saludaban con la mano a los cientos de siluetas que se asomaban por las puertas y las ventanas.

—¿Muchos adultos se escaparon de Ciudad Virtual? —preguntó Xul.

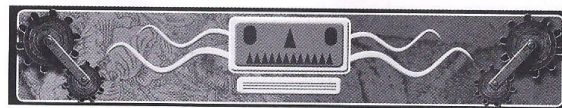
—Unos cuantos —contó Esmeralda—. La mayoría son técnicos de la Red, como tu papá, que empezaron a sospechar de las mentiras de Odeim.

—¿Y dónde están todos?

—En Confines Azules. Allí están ideando un plan para transmitirles la verdad a los usuarios. Para eso, necesitan su ayuda. Por eso, deben ir hasta allá.

—Pero ¿existió el Temblor?

—Claro que existió. Durante una semana sacudió todo el planeta. Murieron personas, animales, plantas. Pero la vida en la Tierra jamás se extinguió, como



había profetizado Odeim. Perduraron los campos, las montañas, los mares, y sobrevivieron los animales, los bosques, los seres humanos. Sin embargo, él les hizo creer a los usuarios que lo que había vaticinado se había hecho realidad.

—Por eso inventó que todo había sido destruido en la superficie y, para dar “pruebas”, fraguó las cámaras —entendió Xul.

—Claro, creó una realidad virtual, a su voluntad —dijo Maximiliano—. Y para eso era necesario instalar el miedo y propiciar el aislamiento entre los usuarios.

—¿A los sobrevivientes, Odeim y las patrullas los persiguen o los dejan vivir en paz?

—Al principio, las patrullas trataron de que nos recluyéramos en las casas subterráneas, pero nos negamos y nos refugiamos en las zonas boscosas. Con el tiempo, dejaron de asediarnos, porque consideraron que ya no representábamos una amenaza para el sistema...

—Solo nos prohíben que deambulemos por las zonas de escotillas —acotó Esmeralda.

—Sin embargo, a veces nos escapamos... Se nos ocurrió cantar cerca de los hoyos —se rio Laureano—, para que ustedes nos escuchen y sepan que existimos... aunque sin mucho éxito.

—¡Ah... Esos eran los extraños sonidos que provenían de la superficie!



Desde una de las ventanas de las casas, se asomaron dos cabezas de cabellos canos y rostros de piel curtida.

—Son nuestros abuelos —aclaró Esmeralda—. Entremos que nos esperan para cenar.

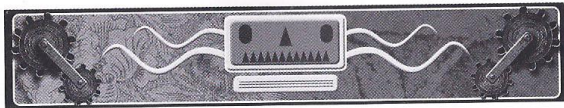
En el interior de la casa, una mesa servida los aguardaba. Verduras, puré de papá y arroz. Un verdadero manjar que Xul y Suyai estaban dispuestos a disfrutar. Como hacía mucho tiempo que no les pasaba, se sentaron a comer..., casi en familia.

VII. El Tártaro o el mundo de los muertos

Al principio, no sabíamos quiénes vivían en las profundidades —dijo Maximiliano al terminar de comer—. Los adultos nos contaban historias para asustarnos. Nos decían que en el mundo subterráneo habitaban los muertos...

—Sí, creíamos que era el Tártaro de los griegos, es decir, el mundo de los difuntos, y que estaba gobernado por el dios Hades y que el Can Cerbero, el mítico perro de de tres cabezas y cola de serpiente, cuidaba la entrada para que las sombras de los muertos no pudieran escapar —y cuando pronunció la palabra “muertos” Esmeralda puso cara de “cuánto terror que me daba esa historia”.

—Según los mitos, solo un par de héroes habían logrado descender al Tártaro, Heracles y Teseo... Yo soñaba con ser un héroe como ellos para poder conocer ese otro mundo... —dijo Laureano—. Pero



cuando fuimos más grandes, supimos la verdad: que, en realidad, otros humanos como nosotros vivían allí, bajo la tierra.

“Más que a Teseo, Laureano se parece al Minotauro...”, pensó Suyai, divertida. Pero como ya se había hecho amiga de ese chico de pelo renegrido, no dijo nada.

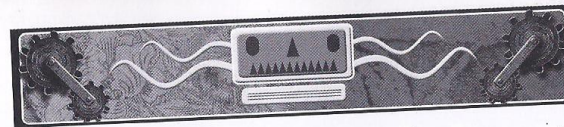
—Al principio, Odeim tenía una buena intención: hacer casas seguras para proteger a la gente del Temblor que se avecinaba. Pero luego su propia soberbia y sus miedos las convirtieron en cárceles —explicó el abuelo Emanuel—. En ellas vive todo un pueblo...

—Es cierto —agregó la abuela Adelaida—. Inventó una realidad virtual que pretendió reemplazar a la vida... Es una locura... Sin saberlo, los usuarios son esclavos de una mentira. Están presos del miedo.

—Pero yo supongo que hasta Odeim se ha creído su propio engaño. Confía en que su realidad inventada es *lo verdadero*. Él mismo es un hombre lleno de miedos —afirmó el abuelo—. Desde que ocurrió el Temblor no volvió a salir de su casa subterránea. Envía a sus técnicos y patrullas a la superficie.

—Inventó la Red del miedo y ahora cree en ella más que en la realidad —dijo Xul, con voz temblorosa, debido a la tristeza.

—Odeim no se llama así —intervino Esmeralda—. El abuelo nos contó que se puso ese nombre



cuando comenzó a idear el proyecto de las casas subterráneas y Ciudad Virtual —Emanuelo asintió con la cabeza, ratificando lo que decía su nieta—. Si leen su nombre al revés lo comprenderán todo.

Maximiliano se puso de pie y escribió ODEIM en el piso de tierra con una vara y Xul lo leyó de atrás para adelante:

—¡MIEDO! —exclamó.



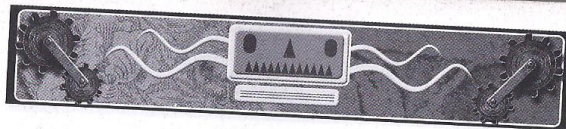
Los chicos se fueron a dormir en silencio.

Xul y Suyai se recostaron en unos colchones colocados sobre el piso. Aunque estaban muy cansados, les costaba dormir, abatidos por todo lo que habían descubierto y, también, porque era la primera noche que pasaban fuera de casa, tan lejos de su mamá y su papá.

Suyai abrió su cuaderno y buscó “La casa del árbol”, un relato de una escritora del siglo pasado, que le encantaba. Era una historia muy triste, que esa noche le hizo acordar a Ciudad Virtual.

La casa del árbol

Luca quería construir la casa más majestuosa. Entonces la hizo cerca del cielo, sobre la copa del árbol más alto. Pero como Luca no era pájaro, debía ingeniárselas para entrar y salir de



su nuevo hogar. Al principio, trepaba por el tronco y las ramas. Pero después, el árbol creció tanto que Luca tuvo que usar una larga escalera.

La casa era grande y lujosa como un castillo. Sin embargo, Luca vivía apenado porque se sentía muy solo allá arriba. Claro, nadie se animaba a subir los escalones de la interminable escalera, ni siquiera su amada.

—Yo no voy a visitarte porque las alturas me marean —le decía ella.

Pasaron los meses y el árbol no paraba de crecer. Hasta que un día, cuando Luca quiso bajar para visitar a su enamorada, apenas pudo divisar el suelo. La escalera ya no lo alcanzaba y él no pudo volver a pisar la tierra.

Desde entonces, la casa del árbol se transformó en una majestuosa morada de madera perdida entre las nubes, donde Luca vive encerrado. Solo lo acompañan los pájaros que, como son pájaros, pueden entrar y salir de ella cuando quieren.

Cuento escrito por Domca Druziuk en 2116. Extraído de la Biblioteca Virtual de la Red.

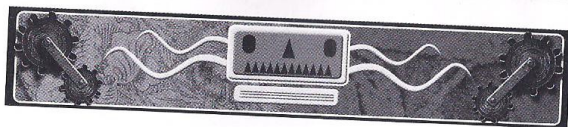
Suyai se quedó dormida mientras leía el cuento y esa noche soñó que era pájaro.



VIII. Contra la lluvia

Xul y Suyai salieron temprano rumbo a Confines Azules. No podían perder tiempo. Abandonaron la ciudad cuando recién se estaba despertando. Los adultos deambulaban entre los puestos de un mercado ubicado en la plaza principal. Los chicos jugaban en las calles de tierra, escribían y pintaban en cuadernos de papeles y remontaban unos antiguos objetos, que, según les informó Maxi, se llamaban “barriletes”.

Antes de partir, los abuelos le dieron de regalo a Suyai tres libros de papel, que eran su gran tesoro, pues allí se encontraban muchas de las historias ocurridas en Ciudad Perdida después del Temblor, y ella, a cambio, les ofreció su cuaderno de Ceres. Al principio, Emanuelo y Adelaida no querían aceptarlo, pero la nena los convenció diciéndoles que su cuaderno había encontrado allí el mejor hogar que alguna vez hubiera soñado.



Suyai y Xul emprendieron el último tramo de la travesía en compañía de la fiel Teyú y de Esmeralda, Maxi y Laureano —que ya le caía un poco mejor a Suyai—. Los abuelos, que no podían acompañarlos porque ya estaban muy mayores para enfrentar la larga caminata, les dijeron que se cuidaran mucho, que no hablaran con extraños y que no tomaran frío. De todos modos, Suyai no tenía dudas de que pronto volvería a encontrarse con ellos y también con su cuaderno de Ceres.

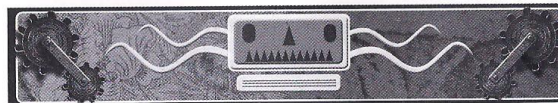
Les llevó casi todo el día salir del bosque de Ciudad Perdida. Hacia el atardecer llegaron al límite que los separaba de Pedregal de la Lluvia, la última zona peligrosa que tendrían que recorrer. Decidieron pasar la noche en el bosque y enfrentar el peligro inminente, hacia las primeras horas del día.

Cuando amaneció y el resplandor mostró el Pedregal que se alzaba frente a ellos, los chicos se sobresaltaron... Se trataba de un terreno cubierto por piedras sueltas y atravesado por hilos de agua, que estaba siendo azotado por una lluvia intensa, opaca, hiriente.

—Esperemos a que la lluvia pare —propuso Xul.

—No va a parar. En Pedregal la lluvia es constante. Por eso es tan difícil llegar a Confines Azules —explicó Esmeralda—. Muy pocos se animan a caminar bajo esa lluvia tan intensa.

—Las patrullas nunca llegan hasta aquí. Los guardias



tienen miedo de que las gotas sean radiactivas y los aniquilen en forma instantánea —agregó Laureano.

Xul no dijo nada, pero él tenía exactamente el mismo miedo. Fue entonces cuando Suyai desplegó la carta de papá y leyó la última de las pistas.

Transiten la lluvia y vean tras ella.

Las gotas iluminan como estrellas.

La respuesta al miedo está cifrada en un nombre.

En el nombre de mamá, la clave oculta se esconde.

—Esta pista es la más clara de todas. Tenemos que cruzar Pedregal, a pesar de la lluvia. Todos estuvieron de acuerdo.

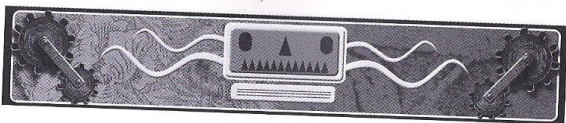
—¿Cómo se llama tu mamá? —le preguntó Laureano a Suyai.

—Ailín —y al nombrarla le pareció sentir su voz dulce y musical—. Significa “transparente” en lengua mapuche.

—No hay dudas... Debemos caminar bajo la lluvia —dijo finalmente Maxi.

En hilera, uno tras otro, Teyú a la cabeza, comenzaron a avanzar pese a la tormenta.

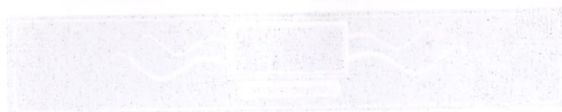
La lluvia parecía un telón oscuro, pesado, turbio que no los dejaba ver hacia adelante. Sin embargo, no se detuvieron y siguieron avanzando. Confiaban en que la lluvia, que protegía la belleza de las montañas de



Confines Azules, mermara. Por el contrario, las gotas laceraban los rostros, empujaban los cuerpos para que retrocedieran y evitaban que los chicos se vieran entre sí. Llegó un momento en que la confusión fue total y los rodeó una cortina oscura, áspera e impregnada de truenos y relámpagos.

Xul y Suyai rodaron entre los hilos de agua. Caídos entre las piedras, un brazo chocó con el otro y se reconocieron. Se tomaron de las manos y volvieron a ponerse de pie. En ese instante pudieron ver, adelante, las siluetas de unas montañas majestuosas y, atrás, a sus cuatro amigos, tres humanos y un animal, derribados sobre las rocas y el lodo.

No lo dudaron un segundo: desanduvieron el camino y fueron en su búsqueda. Ya no quedaban vestigios en Xul y Suyai de lo aprendido en la Red sobre el control de los impulsos y la mitigación de los sentimientos.



IX. El nombre de mamá

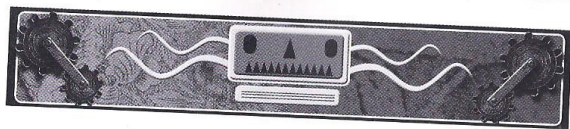
Empapados y llenos de magullones, los expedicionarios llegaron por fin a una zona seca. Todos estaban salvos y sanos. Algunos tosían, otros temblaban de frío, y Teyú resoplaba más fuerte que de costumbre. Pero las montañas que Xul y Suyai habían jurado ver en el medio de la tormenta no se divisaban por ningún lado. Ni por el Este, ni por el Oeste. Tampoco por el Sur o por el Norte.

—No nos desanimemos. Hay que seguir caminando —dijo Xul—. Ya las volveremos a ver.

Anduvieron durante todo el día hasta que el cansancio y la oscuridad los venció. Se durmieron a pesar del frío y la bruma.

Al otro día, Suyai fue la primera en despertarse.

—Xul, Xul —la nena llamaba a su hermano con insistencia.



—¿Qué pasa? —él abrió los ojos, que ya no le dolían. Ningún ardor le quemaba los párpados. Estiró su cuello delgado, como si saliera de un caparazón.

—Mirá —dijo Suyai y señaló el paisaje más hermoso que jamás había visto en su vida.

Unas montañas azules muy altas, tan altas, demasiado altas, se erguían a lo lejos, con sus siluetas majestuosas y sus perfiles de neviscas. Habían llegado por fin a Confines Azules. Y lo habían logrado acompañados por el nombre de su mamá. Es que, a veces, el futuro puede volverse *transparente*, como los deseos.

PARTE 3

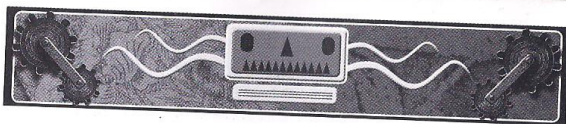
DesenRedados

I. Los Confines

Confines Azules estaban integrados por un conjunto de montañas que presentaban las mayores alturas del relieve terrestre. Subyugados por sus contornos escarpados y sus pisos de vegetación compacta, los expedicionarios marcharon hacia ellas, cada vez más convencidos de que estaban por alcanzar su meta. Mientras tanto, los rayos de luz rodaban por las laderas y se hamacaban en los secretos de los valles. Un refugio de madera, del que salía un hilo de humo, y unas carpas diseminadas sobre la base de una de las montañas confirmaban la certeza de que allí se levantaba un asentamiento humano.

El ascenso hasta la base fue agotador. En algunos sectores, el suelo era tan empinado que los chicos no tuvieron otra opción que ascender ayudándose con las manos.

—¡Xul, estamos escalando de verdad! —gritó Suyai.



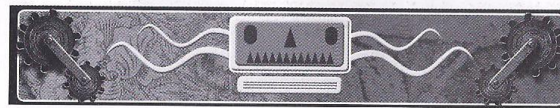
—Sí y lo estás haciendo muy bien —le dijo él.

Una vez que la zona más ríspida y dificultosa de la subida se acabó y que los chicos —y Teyú— volvieron a sentir sus pies —y sus patas— apoyados sobre un terreno plano, se detuvieron a descansar. Fue en ese momento cuando miraron hacia abajo y vieron un espectáculo maravilloso: majestuosos bosques tropicales, cursos de agua celestes, zonas pedregosas y playas escondidas. Por algunos de esos lugares, ellos habían transitado; otros quedaban por descubrir. En uno de esos bosques, detectaron el contorno de Ciudad Perdida e imaginaron que, en una de las casas, los abuelos los estaban esperando. Y más allá, en la lejanía, pudieron divisar una zona desértica... perforada de escotillas. Las escotillas parecían cráteres que lastimaban la tierra. Eran como los escombros de una civilización en ruinas.

Los chicos siguieron avanzando y, a cada paso, lograban ver con mayor detalle la zona del refugio. Al percibir su presencia, una veintena de personas salieron a su encuentro. Hombres, mujeres. Algunos jóvenes, otros adultos.

Xul y Suyai buscaron a su papá entre ellos, pero no le encontraron... hasta que, de repente, un hombre se asomó a través de una de las carpas y Suyai se sobresaltó.

—Es papá —le dijo a Xul.



Pero no, cuando el hombre salió de la carpa, Suyai comprobó que estaba equivocada. Tenía el pelo cobrizo como él, pero no era su papá. No, no, no.

—¿Y si no está...? —aventuró Suyai.

—¿Cómo no va a estar? Nos aseguró que nos reuniríamos aquí con él... —intentó tranquilizarla Xul.

—¿Y si no está...? —repitió la nena.

Suyai se desplomó en el suelo. Xul la abrazó. Sentían emociones intensas, que hasta hacía poco el protocolo silenciaba. Sin embargo, ahora restallaban y explotaban todas juntas. Tenían tristeza, rabia, desencanto. Pero no estaban solos... Teyú arrimó su cresta y rozó el abrazo de los hermanos, en una *caricia de iguana*. Luego, se acercaron los chicos de Ciudad Perdida y les palmearon las espaldas.

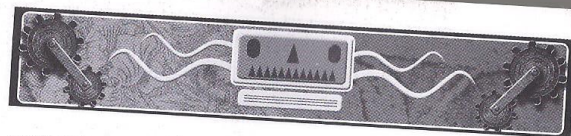
—¡Vamos, aún no llegamos! —exclamó uno—. Su papá los espera.

—Desde aquí, no se pueden ver bien las caras —dijo el otro—. Seguro que su papá está entre esos hombres.

—¡Ánimos! —agregó simplemente la chica.

Suyai y Xul se pusieron de pie y continuaron caminando. Sabían que no podían hacer otra cosa. Se trataba de eso: seguir y no darse por vencidos.

Faltaban apenas unos metros para llegar al refugio, cuando la gente, eufórica, comenzó a correr a su encuentro, coreando sus nombres. Unas cuantas personas más salieron de las carpas y, entre ellas, hubo



una cara que a Xul le resultó familiar. Se parecía al papá, pero no estaba seguro. Miró de arriba abajo a ese hombre. Era más flaco que su papá, más barbudo, menos pálido.

—¡Chicos! —gritó el hombre con su voz de tifón.

Y sí, ahí estaba su papá, más flaco, más barbudo, menos pálido, pero con los rulos cobrizos de siempre desparramados en las entradas profundas de la frente.

Xul y Suyai, desbordados de una alegría que nunca habían sentido, se arrojaron en sus brazos.

—Sabía que lo lograrían, chicos —les dijo el papá—. Estoy muy orgulloso de ustedes. Los quiero mucho.

—¡Nosotros también! —exclamaron Xul y Suyai.

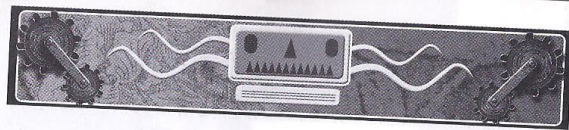
Por un largo rato, no existieron nada más que el abrazo, los besos, el reencuentro tan esperado. Luego, el papá saludó a los chicos de Ciudad Perdida y a Teyú, y les agradeció la invaluable ayuda.

Aún unidos en ese abrazo que no cesaba, el papá y los hijos entraron al refugio: una casucha desvencijada, conformada por una sala amplia, llena de computadoras viejas. Y frente a ellas, había un grupo de muchachos que apenas advirtieron la presencia de los chicos.

—¡Hola, sobrinos! —los saludó, entonces el tío Prop, quien apareció detrás de una computadora ubicada en un rincón.

—¡Tío! ¿Qué hacés acá? —preguntó Suyai.





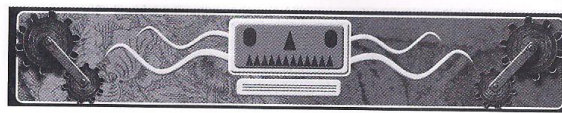
—Aguardando su llegada —respondió el tío.

—No entiendo... —Xul estaba muy confundido—. ¿Por qué no nos guiaste vos hasta acá?

—En realidad, yo debería haberlos acompañado, pero una de las patrullas me interceptó antes de llegar a Fortaleza Boscosa y tuve que huir —explicó el tío—. De todos modos, no los dejamos solos... Yo le encargué a mi fiel compañera que los guiara —y su mirada recayó en Teyú, que estaba entrando por una de las ventanas y al ver al tío se arrojó en su regazo—, y Erbil, en su paso por Ciudad Perdida, ya les había pedido colaboración a Esmeralda, Laureano y Maxi. Además, teníamos que comprobar que podían lograrlo. Era parte del plan.

—¿Que podíamos lograr qué? —gritó Suyai, algo molesta—. ¿Qué plan?

—Siéntense, chicos. Les voy a explicar... Todos nosotros —dijo el papá señalando a las personas que estaban en la sala y que iban, nerviosas, de una computadora a otra, vociferando y preguntando datos— somos técnicos y científicos del Sistema que, si bien sospechábamos lo que ocurría en la superficie, teníamos que demostrarlo. Como saben, no es fácil convencer a los usuarios acerca de lo que la Red niega. Estábamos seguros de que a nosotros no nos creerían, dirían que estábamos locos. Por eso armamos un plan: teníamos que lograr que ustedes



salieran a la superficie y comprobaran cómo era el mundo en verdad. Debíamos demostrar que niños como ustedes, criados en Ciudad Virtual, contaban con la valentía necesaria para superar los temores, y que tenían la sensibilidad de establecer vínculos más allá de la Red. Si no, nada tendría sentido, porque ustedes son el futuro.

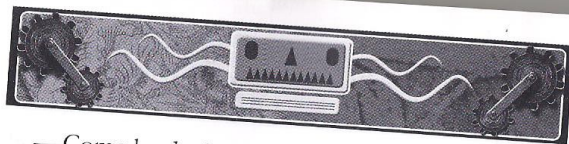
—Disculpe que lo moleste, Erbil, tenemos un problema —dijo una técnica y luego le susurró algo que los chicos no alcanzaron a escuchar.

El papá puso cara de preocupado: frunció el ceño y se le hicieron unas arrugas en la frente que tardaron un buen rato en desaparecer.

—Aún no se ha podido establecer la comunicación... Hay interferencia RJPP —dijo Erbil y se dirigió hasta una de las computadoras, donde se puso a tipear, frenético, como si estuviera poseído por un aluvión de pensamientos. Escribía, miraba la computadora, reflexionaba, sacaba cuentas. Se estremecía como un vendaval. Al cabo de unos minutos, gritó:

—¡Juuuuuuuuu! Desactivé el bloqueo —y, luego de los aplausos y las propinadas por los muchachos de las computadoras, les ordenó—: Sigán, no se desanimen, ya falta poco...

Xul y Suyai se mostraban perplejos ante tanto movimiento, pues no tenían idea de qué estaba sucediendo.



—Como les decía su papá —dijo el tío, dirigiéndose a los chicos—, ustedes lograron vencer cada prueba: enfrentaron el miedo al Sol, al aire y a la lluvia. Para ello se relacionaron con los árboles, con los animales —señaló nuevamente a Teyú que estaba comiendo las hojas del potus de una maceta—, con otros niños —en ese momento volvió su cabeza hacia donde estaban los chicos de Ciudad Perdida—. Y se ayudaron entre sí... Pese al protocolo, hicieron todo por amor a su papá. Se arriesgaron por él. Eso es lo más valioso.

—Y además... les dieron un significado a sus nombres —dijo el papá—. Recuerden que, en realidad, las personas nutren de sentido a sus nombres. Les dan luz, les dan esperanza, les dan transparencia.

—¡Erbil, Prop! —interrumpió un muchacho con anteojos de marco cuadrado que se asomó detrás de otra computadora—. ¡Está todo listo!

—¿Qué? ¿La comunicación ya se puede concretarse?

—preguntó el papá.

—Sí —contestó el joven y todos volvieron a aplaudir, pero además saltaban, se abrazaban, tiraban papelitos al aire, todas acciones que el protocolo hubiera condenado.

—Logramos intervenir la Red —les comunicó, emocionado, el papá a los chicos—. Con algunas grabaciones de la superficie más su testimonio vamos a informarles nuestra verdad a los usuarios.



—¿Se animan?

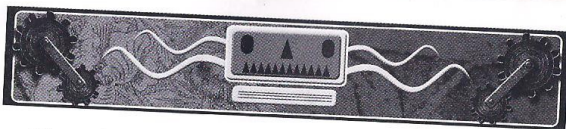
—¡Sí! —gritaron Xul, Suyai, Esmeralda, Maximiliano y Laureano.

La transmisión fue breve pero efectiva. Todos pudieron intervenir, contar su experiencia y mostrar algunas imágenes del exterior. Hasta Teyú apareció saludando con la cola. Hablaron sobre el bosque, los animales, el Sol, los mares, la lluvia, el aire.

Cuando la comunicación se cortó, quienes se encontraban en Confines Azules permanecieron en silencio y *esperaron*. *Esperaban* que las patrullas llegaran como jaurías de sabuesos y los capturaran. Pero *esperaban*, también, que las escotillas se abrieran de par en par y los habitantes de las profundidades se enfrentaran con la luz. Sin embargo, nada de eso pasó. Entonces, siguieron *esperando*.

Los usuarios tardaron en reaccionar... Pero luego de unas horas, decenas, centenas, miles de personas comenzaron a abrir sus escotillas y a salir de sus hoyos. Se encontraban extrañados, maravillados. Lloraban, gritaban, reían; algunos vociferaban.

Durante varios días, mucha gente comenzó a llegar a Confines Azules, desde las profundidades. Parecían las almas del Tártaro que se liberaban de las sombras y del monstruoso Can Cerbero... y emergían al mundo luminoso de los vivos. De las patrullas y de Odeim, no hubo señales...



Sin embargo, solo había una persona que Xul y Suyai querían ver, y esa persona no aparecía... Hasta que, finalmente, luego de unos cuantos días, escucharon una voz dulce y musical. Su mamá, por fin, había llegado. La familia de Xul y Suyai poco a poco se rearmaba... aunque diferente y con nuevos integrantes: Teyú, tres amigos más y dos abuelos postizos.

II. Informe final

A partir de los acontecimientos recién relatados, la vida humana en la superficie de la Tierra volvió a reorganizarse. Las familias, que habían sido separadas en las profundidades, se reencontraron, y los amigos, que solo habían mantenido contacto por la Red, ahora se conocían en forma "directa", sin mediaciones del sistema. Poco a poco, se crearon en la superficie nuevas ciudades, aunque esta vez respetando los pedidos de la naturaleza: sin lastimar los árboles ni dañar a los animales; sin contaminar los cursos de agua ni castigar el aire.

Sin embargo, hubo algunas personas que, por costumbre, por comodidad, por desconfianza o debido al miedo, decidieron no salir de sus hoyos y siguieron viviendo en Ciudad Virtual.

Del ingeniero Odecim y de sus patrullas, no se supo más. Si bien las patrullas, en un primer momento,



tuvieron la orden de intervenir en la estampida humana hacia la superficie, permanecieron en las profundidades paralizadas por el miedo ante la reacción popular. Algunos de sus integrantes no salieron nunca de sus hoyos y otros, de a poco, se fueron sumando a la vida en el exterior.

Se ignora dónde se encontraba Odeim, aunque se cree que nunca salió de su casa subterránea y actualmente está perfeccionando la Red, con dos objetivos principales: crear bosques más bellos que los de Fortaleza Boscosa o Ciudad Perdida, y montañas más altas que las de Confines Azules.

Desde que se desligaron de la Red y ascendieron a la superficie, el accionar humano se rigió, nuevamente, por los sentimientos y la maravillosa incertidumbre que ofrece la libertad. Se olvidaron de los protocolos que anunciaban de manera eficaz cómo sería el curso de una vida o que alertaban sobre los vaivenes del destino... El acontecer de los hechos fue otra vez imprevisible y dejaron de existir los presagios que explicaban el devenir de una serie finita de sucesos. La vida, simplemente, volvió a ser una travesía intensa y apasionante, con escalas imprevistas y puertos desconocidos por descubrir.

Índice

PARTE 1. Atrapados en la Red

I.	Informe preliminar	11
II.	Los ojos de Xul	17
III.	Después del Temblor	21
IV.	El cuaderno de Suyai	25
V.	La partida sin adiós	29
VI.	La visita	33
VII.	La carta de papá	43
VIII.	La decisión	49
IX.	Cruzando el túnel	55

PARTE 2. Saltando sin Red

I.	Nada es lo que parece	61
II.	El monstruo del tercer ojo	67
III.	Contra el sol	73
IV.	Extraños al asecho	81
V.	Contra el aire	89
VI.	Ciudad Perdida	95
VII.	El Tártaro o el mundo de los muertos	99
VIII.	Contra la lluvia	105
IX.	El nombre de mamá	109